

La Ilustración Artística

Año XXXIV

BARCELONA 1.º DE FEBRERO DE 1915

Núm. 1.727

BARCELONA. - SALÓN PARÉS

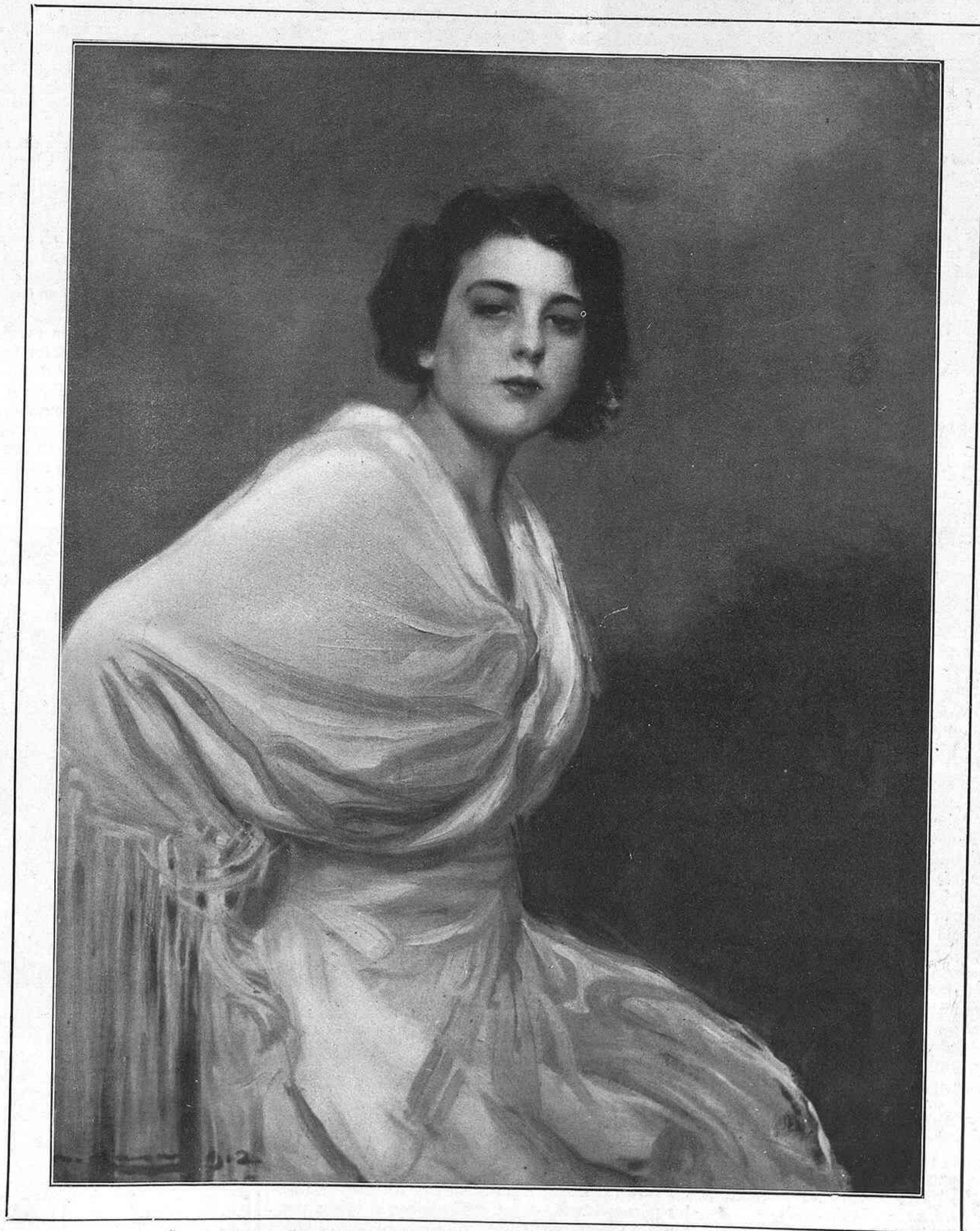


FIGURA DE MUJER, cuadro de Ramón Casas



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Barcelona. Salón París. Exposición Rusiñol, Casas y Clarasó.* — *La guerra europea.* — *Movimiento sedicioso en Portugal.* — *El gran duque Alejandro Michaelovitch.* — *Barcelona. Pruebas técnicas de la nueva tubería para la conducción de las aguas de Moncada.* — *La Niania* (novela ilustrada; continuación). — *Busto del general Aznar.* — *Madrid. Notas de actualidad.* — *El Dr. Moliner.* — *Barcelona. El obispo en el Restaurán Obrero.* — *Los terremotos de Italia.*
Grabados. — *Figuras de mujer*, cuadros y dibujos de Ramón Casas. — *Ramón Casas y Santiago Rusiñol en el Salón París.* — *Enrique Clarasó en su taller modelando una estatua.* — *Retratos de los hijos del Excmo. Sr. D. Eusebio Bertrand y Serra; Soledad; Resurrección; Frío; Paz*, esculturas de Enrique Clarasó. — *El Laberinto (Aranjuez); Emparrado; Viejos cipreses*, cuadros de Santiago Rusiñol. — *La guerra europea* (seis fotografías). — *Movimiento sedicioso en Portugal.* — *Metilla. Llegada de reclutas.* — *El gran duque Alejandro Michaelovitch.* — *Barcelona. Pruebas técnicas de los nuevos tubos de canalización para la conducción de las aguas de Moncada.* — *Busto del general Aznar*, obra de Miguel Blay. — *Madrid. Notas de actualidad.* — *D. Juan Menéndez Pidal.* — *El Dr. Moliner.* — *Valencia. Entierro del Dr. Moliner.* — *Barcelona. El obispo visitando el Restaurán Obrero.* — *Los terremotos de Italia* (dos fotografías).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Entre el ruido ensordecedor y atronante de la actual guerra, ¿cómo ha de destacarse un recuerdo ya lejano? Y sin embargo, a veces un recuerdo, de algo que sólo a nosotros nos importa, suena más alto que todo el estrépito de cañones, morteros, trenes en marcha y regimientos desfilando al galope...

Me sugiere estas ideas un libro que acabo de recibir, del Sr. D. Francisco Arderius, teniente de navío y comandante de Inválidos, en que se relata entre otros episodios de las últimas guerras coloniales, el combate naval de Santiago de Cuba...

Y en un momento, las memorias del año trágico acuden a mí. ¡Trágico! Por desgracia este calificativo sorprenderá a muchos.

En efecto, lo más trágico, en mi entender, fué la insensibilidad de las muchedumbres, cuando la historia de España acababa en punta y nuestro sol ya no se eclipsaba, que se borraba en el horizonte.

Nunca olvidó cierto día, de fecha luctuosa, en que, al entrar en una casa, alguien se fijó en mis ojos hinchados, y me preguntó:

— ¿Se le ha muerto a usted algún pariente?

A lo cual contesté:

— Se me ha muerto el mismo pariente que a ustedes todos...

Y creo que ni se enteraron. Por la tarde, los toros estuvieron concurrendos. ¡Oh, multitud, piedra berroqueña!

No, yo no sentía tanto aquel pesar de mortificación por la escuadra perdida, por las colonias, últimos restos de nuestro poderío, que nos arrebataban. Lo que me dolía como una quemadura, era aquella indiferencia increíble, aquellas risas, pullas y chanzonetas por la calle, aquel Madrid echándose a las aceras, asaltando los tranvías, como hijo ingrato que no sabe vestir luto...

Y por eso, cuando supe que tal guerra no se evitaba, no se prevenía, que tal guerra se había declarado, contra las más elementales lecciones de la prudencia; cuando comprendí qué barcos españoles iban a combatir con los formidables acorazados yanquis, me anegó el alma una ola de amargura, y poco después, en mi conferencia de la *Salle Charras*, en París, exhalé mi dolor patriótico, por si, al derramarlo, podía contribuir a que España reaccionase... Porque, y esto es lo más cruel, ¿de qué sirvió el sacrificio relatado por el Sr. Arderius?

Ni Churruca ni Gravina ni Bazán, marqués de Santa Cruz, pudieran hacer más que Villaamil y Lazaga: morir... Pero ¡qué triste, qué desconsolador morir, cuando en Madrid la gente va a los toros, y llena los colmados, y no tiene, en su pecho de mármol, ni un aliento de santa cólera ni un gemido de compasión!

¡Oh iglesias, esos días debierais estar rebosantes de gente postrada, si fuese verdad que tuviésemos fe! Debíais estar como yo vi a Nuestra Señora de las Victorias, en París, poco después de la guerra del 70, colmada de fieles que, con los brazos abiertos, clamaban: «*Notre mère, sauvez la France!*»

Y he aquí que a la vuelta de diecisiete años, vuelvo a sufrir igual emoción que en aquellos cruces instantes, en aquel sombrío verano de 1898... Así es que cierro el libro del Sr. Arderius (que hizo su deber gloriosamente), y procuro desechar, como se

desecha una pesadilla, estas evocaciones siempre vivas, por mi desgracia, en el fondo de mi corazón. Porque es malo haber asistido al declinar de la patria, y es peor aún que esto nos aflija como la pérdida de una persona a quien amamos.

Silencio y olvido, beleño y nepentes...

* *

Hablemos de algo alegre.

La dificultad está en encontrar el tema. Porque adonde quiera que se vuelva la vista surgen asolamientos y fieros males.

Italia, que se hallaba tan satisfecha preparándose a recoger el fruto de lo que han peleado los demás, acaba de ser afligida por un terremoto de los formidables, con millares de víctimas y diez o doce ciudades destruidas completamente hechas montones de escombros... ¿Y qué?, dirá Europa, encogiéndose de hombros. ¡Veinte o treinta mil siniestrados! ¡Gran puñado son tres moscas! ¡Unos cuantos pueblos arruinados! ¡Pch, pch! ¡Nadie se enterará siquiera, en medio del actual zafarrancho!

Nosotros, embozados en la pañosa de nuestra neutralidad, asistimos, no sin un poco de aprensión, a estos espectáculos que parecen tragedias de la Biblia.

Leemos los relatos de las catástrofes de Italia, comparables a las de Pompeya y Herculano, y ni se nos eriza un solo pelo, por la sencilla razón de que los tenemos de punta siempre, con las cosas que pasan en el Vístula, en el Argonne, en Reims, en Polonia, en Lovaina, en Tirlmont, y en otras no menos castigadas y zarandeadas localidades. Hasta pronostico que, a la vuelta de los meses o años que ha de durar la lid, no habrá pelo que no caiga laso, porque el hombre, ha dicho no sé quién, es un animal que a todo se acostumbra.

Y nos acostumbraremos, y hasta, el día en que se firme la paz, si es que llega a firmarse, echaremos de menos este estimulante de la emoción y la curiosidad, como se echa de menos una especia fuerte en la comida...

* *

Cada vez que oigo maldecir de la guerra por la ferocidad que desarrolla, no puedo menos de pensar que esta ferocidad se revela lo mismo en la paz y en circunstancias normales. Leed si no el «crimen de Año nuevo» que ha relatado la prensa, y decidme si en alguna población belga invadida por los «boches», si en aldea alguna de la Galitzia devastada por los cosacos, cabe más salvaje escena.

Y lo que agrava este suceso, (que no ha soliviantado a la opinión pública), es su inutilidad, la falta de causa determinante. Porque, al fin y al cabo, los combatientes, al destruir y maltratar, siguen el impulso de la lucha, hacen un estrago que contribuye al terror que infunden, van por decirlo así arrastrados por lo fatal de las circunstancias al destrozo, en espera de ser también destrozados.

Pero este crimen «de Año nuevo» no ha tenido más móvil que ese instinto feroz de que hablábamos antes, y que duerme, como agazapado dragón, en las almas de los hombres.

Ocurrió en una de las calles céntricas de Madrid, a la una de la noche el día primero de enero de 1915, como si los criminales quisiesen dar a entender que, por años que pasen, la naturaleza humana es invariablemente la misma.

En esas noches señaladas, Navidad, Año nuevo, la gente se echa a la calle, en son de fiesta; y la fiesta consiste en copear, decir y hacer groserías, tañer instrumentos de sonido áspero, armando un concierto que no se parece precisamente a la Consagración del Grial.

Encontráronse dos núcleos de estos vagos, y naturalmente, sin saber por qué, sólo por estupidez congénita, empezaron a insultarse, a provocarse, a hablar de cencerros colgados de la nariz, y a renglón seguido, dieron en apalearse. Nótese que ningún motivo de rencor tenían; que, un minuto antes, no se habían visto nunca.

La venganza, el odio, pueden explicar muchas cosas; aquí no existía sino la brutalidad, espontánea y latente, que hace explosión sin el menor pretexto.

Uno de los grupos, menos fuerte o menos resuelto, se dió a la fuga. Pero, entre los fugitivos, uno había caído al suelo. A su alrededor se concentraron los perseguidores, descargando sobre el infeliz una lluvia de estacazos. Aun tuvo el misero fuerzas para alzarse y arrodillarse, pidiendo misericordia, rogando por Dios que no le diesen más. La respuesta fué apretar los garrotes, menudeando en la cabeza, hasta que no se rebulló, privado de sentido.

Las leyes están tan bien hechas, que como el apaleado no falleció en el acto, el único de los apaleadores que pudo ser detenido en los primeros momentos quedó inmediatamente puesto en libertad; aquello era, sencillamente, cuestión de un juicio de faltas...

Es decir que el reunirse cinco o seis individuos para cometer la acción más cobarde y feroz, para molar a palos a un caído, hasta dejarle sin aliento, es una futesa, ¡que ni aun merece la pena de unos días de cárcel!

Júzganse, por lo visto, las acciones no por su raíz profunda, sino por sus resultados aparentes, porque no habrá facultativo que me convenza de que los efectos de una paliza se pueden calcular, ni de buenas a primeras calificarse de leves, puesto que el palo magulla y lesiona dentro como fuera, y acaso más dentro, y de una paliza se muere a la larga o a la corta, como se murió la víctima del apaleo, a los diez días del atentado, de meningitis, causada por las contusiones en la cabeza.

Hasta que hubo un cadáver, no se pensó en que había delincuentes o criminales, ni fueron perseguidos...

Y yo digo que el apaleo a un hombre caído al suelo, que implora piedad con las manos juntas, es tan infame, tan digno de castigo y de represión severísima, si causa la muerte, como si no la causa; porque la puede causar siempre, y esto no cabe que nadie lo ignore, y si no la muerte, padecimientos y afecciones que hagan amarga y triste toda la vida, y una depresión moral horrible, y tales daños, que la muerte no sería peor.

Sí, la ley es de corcho, y los que la hicieron, de cemento, si un hecho de tal índole se considera bien enjuiciado con un juicio de faltas!

Al leer este caso, sentí una oleada de indignación... Pero ¿a qué indignarse? ¡La humanidad es así!..

Esos hombres, se me dirá, iban borrachos... No sé, en este momento, no teniendo a mano el Código, si la borrachera es circunstancia agravante o atenuante; en mi entender, agravante debiera ser sin falta.

Tengo observado que, en estado de embriaguez, las personas no cambian su fondo moral: lo que hacen es exaltarlo, desenvolverlo, dejarlo ver exagerado. Los buenos, cuando se achispan, manifiestan la bondad, abrazan a todo el mundo, descubren el afectuoso modo de ser. Hay borrachos románticos, caballerosos. A los que la borrachera impulsa al crimen, es porque lo llevaban escondido en el subsuelo psicológico.

* *

Al lado de los apaleadores de la calle de la Ceres los suicidas por amor del paseo del Prado me parecen bellos y heroicos...

No hago la apología del suicidio; ¡estoy comparando! Los que como Tristán e Iseo quieren verse reunidos en el *amplesso senza fine*, no son los brutos sanguinarios que se encarnizan en un semejante suyo, que ningún daño les ha hecho, que no se defiende, y lo dejan para que se muera sobre las losas de la calle.

En estos dobles suicidios hay innegable poesía. Parecen una afirmación (torcida o derecha) de la espiritualidad humana. La mujer, sobre todo, que tal miedo nervioso tiene al menor peligro, se revela, en estas ocasiones, espiritual, superior a la muerte. La recibe hasta con alegría de la mano amada.

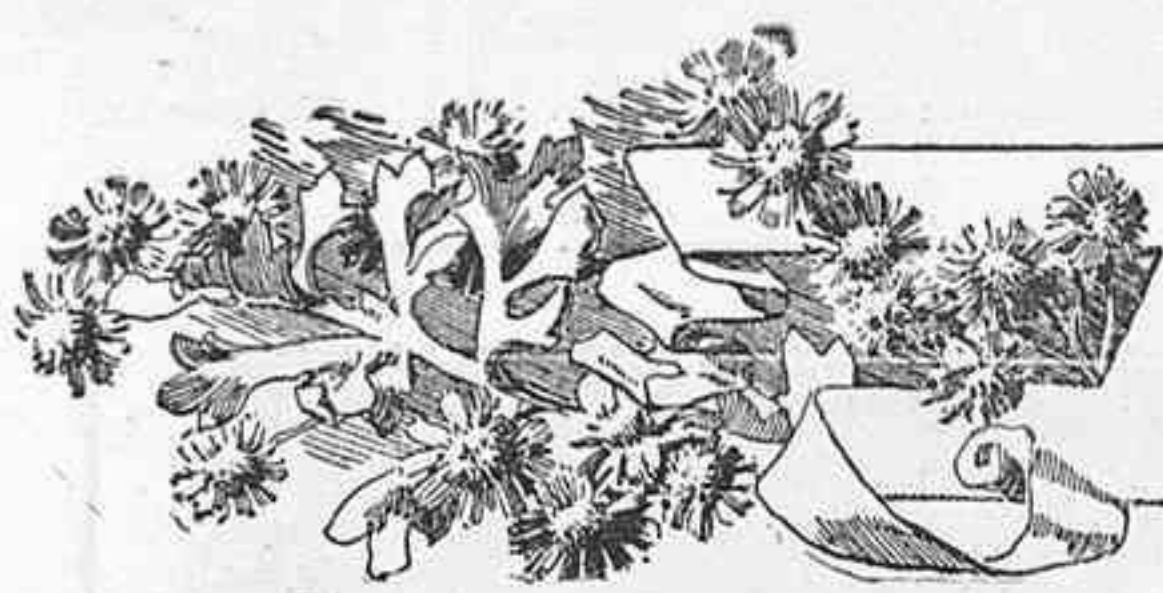
Estos suicidas del Prado, que no han sido identificados aún, se declaran, en la carta póstuma, víctimas de la fatalidad. Cuál sea esa fatalidad misteriosa, se ignora, y acaso no exista más fatalidad que el amor, (que no es fatalidad pequeña).

De todas suertes, he ahí unos que no murieron ni por las tarifas ni por las marcas ni por los mercados ni por la expansión territorial y colonial...

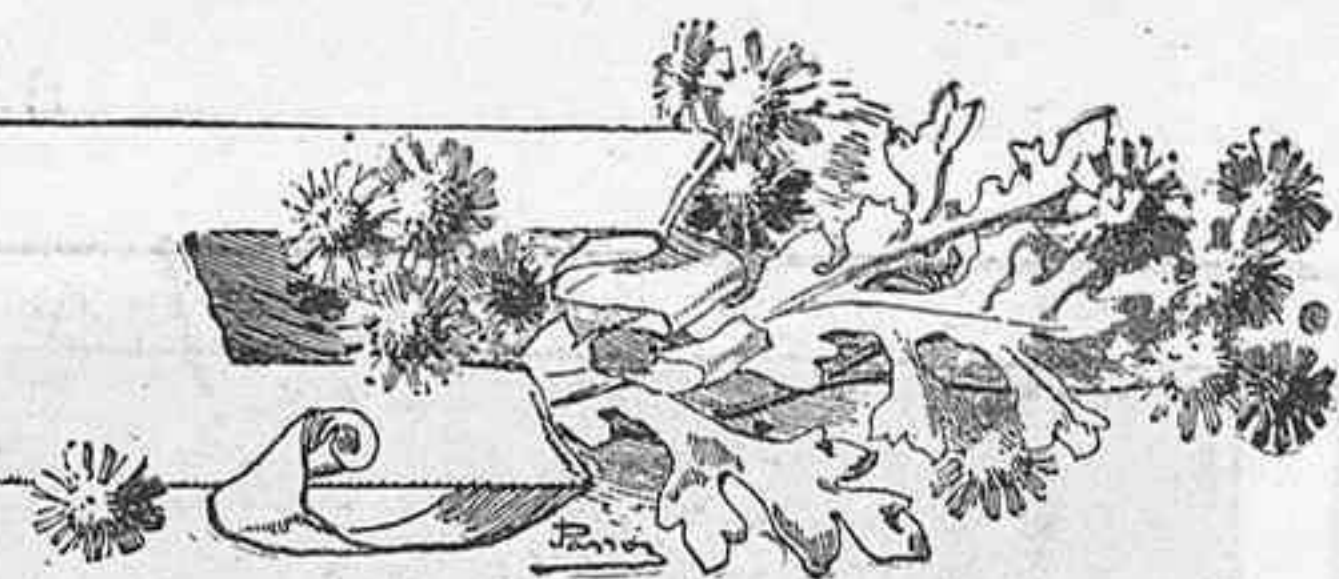
Y sus almas plebeyas, en el Infierno de un Dante contemporáneo, girarían en el mismo torbellino que las muy linajudas de Tristán de Leonís el paladín y la princesa Iseo de Bretaña.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



BARCELONA. - SALÓN PARÉS
EXPOSICIÓN RUSIÑOL, CASAS Y CLARASÓ



Hace veinticinco años, el público de Barcelona pudo admirar, reunidas por vez primera en el Salón Parés, las obras de tres jóvenes artistas, dos pintores, Santiago Rusiñol y Ramón Casas, y un escultor, Enrique Clarasó. Los más reputados críticos de aquella época, dando a la

Pero dejemos la palabra a los propios expositores, traduciendo del catalán en que están escritos, algunos de los párrafos de la invitación repartida con motivo de esta exposición; ellos dirán mejor que pudiéramos decirlo nosotros el motivo y aun el alcance de aquella y lo que durante estos veinticinco años han hecho. Dice así:

«Es costumbre, cuando se hace una exposición, encomendar la presentación a un amigo o a un crítico, que suele ser ambas cosas a la vez. Nosotros creemos que, puesto que somos tres, podemos presentarnos los unos a los otros y de este modo conseguimos dos ventajas: que no hemos de agradecer ninguna presentación ni molestar a ningún amigo. Colgar los cuadros y que ellos mismos se presenten.

»Esta exposición que ahora hacemos es la del vigésimoquinto aniversario de haber expuesto en esta misma casa. Veinticinco años son casi una vida.

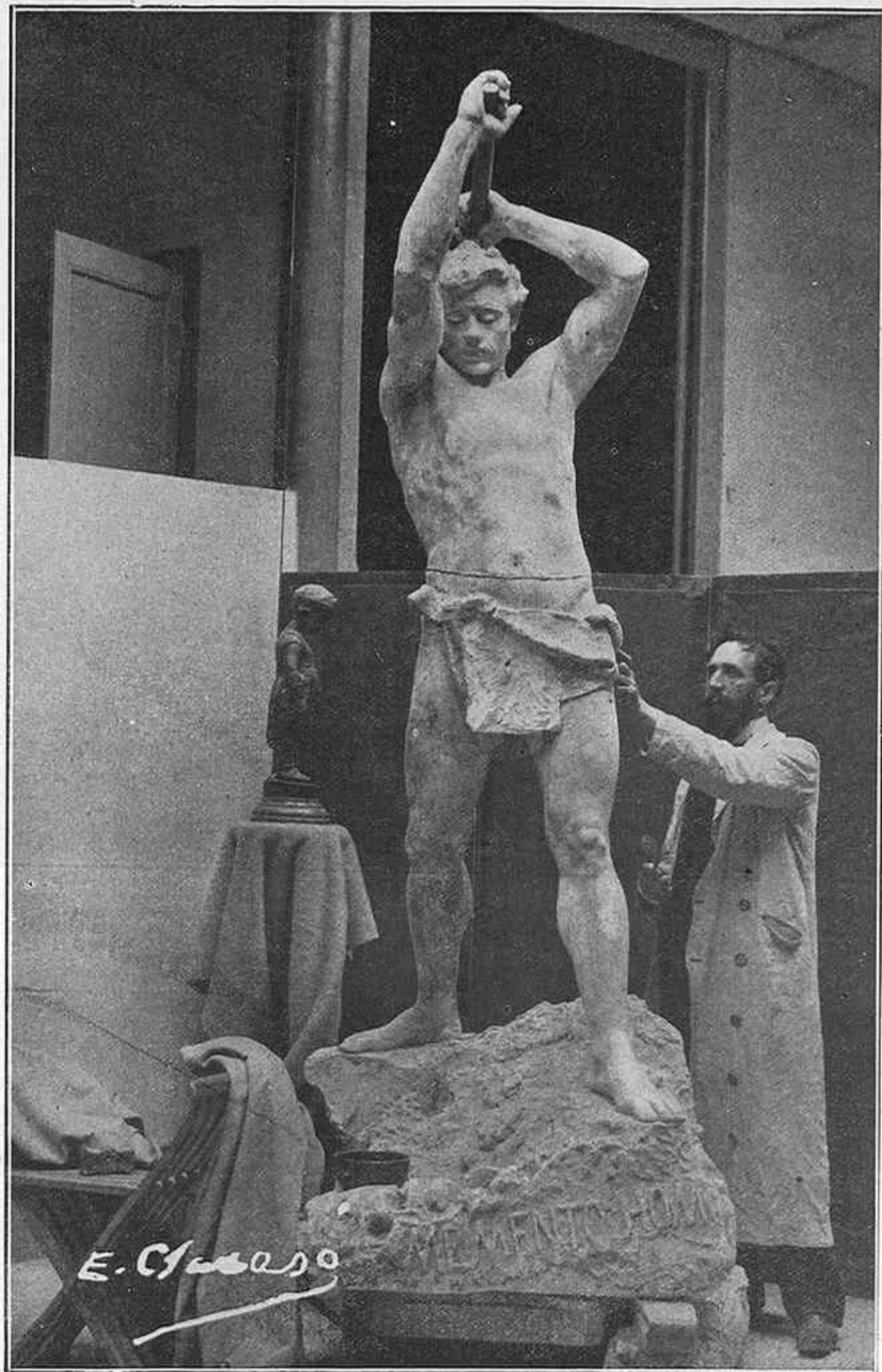
»Te invitamos a ver las esculturas, los cuadros y los dibujos no para que vayas



Ramón Casas y Santiago Rusiñol en el Salón Parés

exposición toda la importancia que merecía, le dedicaron largos y razonados artículos, todos ellos altamente encomiásticos en el fondo, aunque algunos, apegados a la tradición y a los procedimientos artísticos entonces dominantes, no dejaron de oponer reparos a las tendencias de dos de los expositores, Rusiñol y Casas, que, procedentes de París y singularmente de Montmartre, traían una nueva escuela y hasta una nueva técnica que pugnaban con lo que aquí estábamos acostumbrados a ver.

Han transcurrido cinco lustros y los mismos artistas, para celebrar estas bodas de plata han organizado una nueva exposición en el mismo local en que efectuaron la primera; en ese Salón Parés, verdadera insti-



Enrique Clarasó en su taller modelando una estatua

a alabarlos, ni para que vayas a criticarlos, que esto ya lo harás según tus gustos, sino porque creemos que nuestra exposición encierra algunas enseñanzas. La primera que encierra, en los tiempos que corremos, es que tres del mismo oficio puedan seguir siendo, durante veinticinco años, tan amigos como han sido siempre...

»La segunda, que a pesar de haber trabajado tanto, no hayamos sentido cansancio y ni un momento nos hayamos detenido, en el largo camino, para tumbarnos; y por último que tanto luchar no nos haya hecho perder la alegría, que es el entusiasmo, el enardecimiento, la juventud, la fe en nuestro arte, que es nuestra vida.

»Hemos visto pasar muchas escuelas, muchas enseñanzas, muchas banderitas; hemos visto exponer a muchos pintores nuevos; hemos visto pasar la procesión de veinticinco años de otros peregrinos y ni nos ha estorbado nadie nunca, ni hemos sentido celos ni hemos temido que nos pisaran los talones; siempre hemos creído que hay sitio para todos. No hemos querido más que llevar nuestra vlla y que nos dejen formar sin prisa en esa procesión que se dirige a la ermita que llaman gloria...

»Y ahora que ya nos hemos presentado y sabéis dónde estábamos y lo que hemos hecho, aquí van nuestras últimas obras. Y no nos despedimos porque no nos queremos tan mal. Volved dentro de veinticinco años, que haremos una nueva exposición: la exposición de las bodas de oro...

»Y ahora... salud y benevolencia... y en cuanto a los cuadros y a las esculturas, no somos nosotros quienes hemos de hablar de ellos; ya hablarán ellos mismos, si es que saben decir algo.»

¡Y vaya si han sabido decir algo y aun algunos las obras por estos artistas expuestas! Tanto dicen y con tal elocuencia hablan, que el numeroso y selecto público que por delante de ellas ha desfilado ha entonado el más unánime y selecto coro de alabanzas, que la crítica ha confirmado con los artículos más laudatorios.

Poco podemos decir de la exposición. Como los artistas, también nosotros preferimos que sean los cuadros y las esculturas los que por sí mismos hablen, y a este efecto reproducimos varios de ellos en el presente número. Sintetizaremos las impresiones que ante aquellas obras hemos sentido, empleando unos conceptos vulgares, pero que en el presente caso encierran verdades profundas.

Las mujeres de Casas, elegantes, graciosas, rebosantes de vida y de sentimiento, están hablando y parecen salirse materialmente de la tela.

Los jardines de Rusiñol, claros y alegres unos, misteriosos y melancólicos otros, y todos impregnados de la más honda poesía, invitan al cuerpo y al espíritu a recrearse y reposarse en ellos.

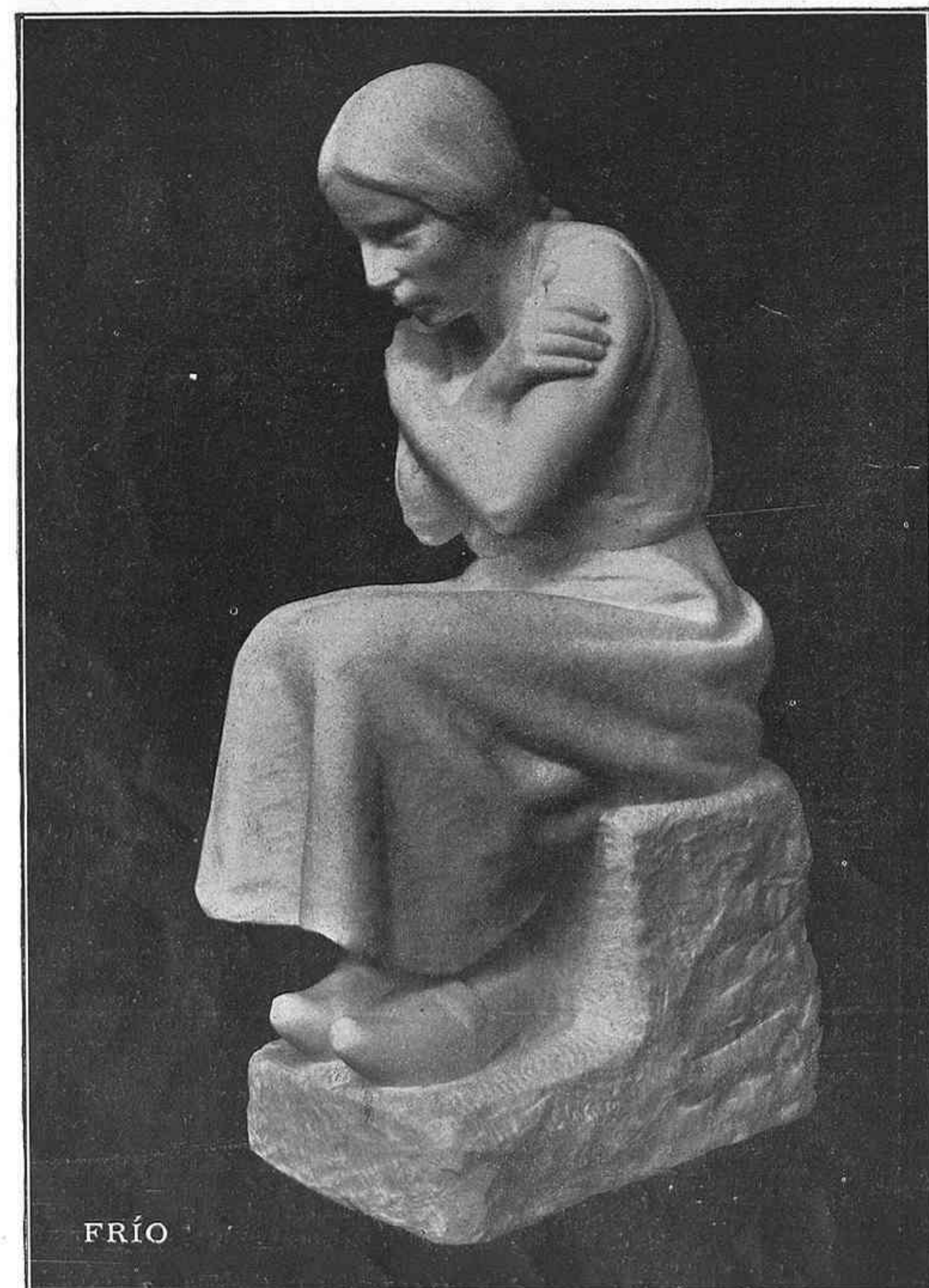
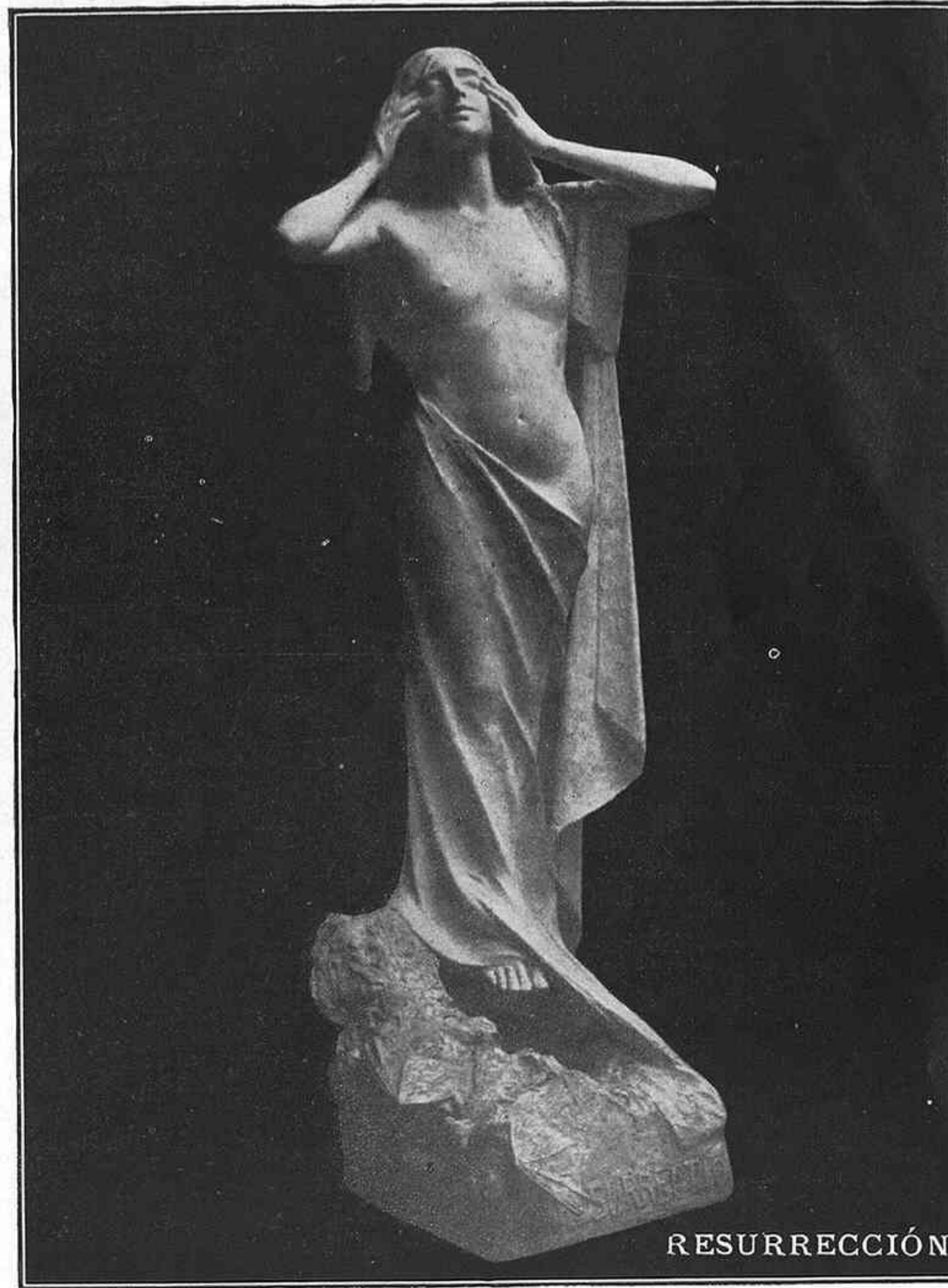
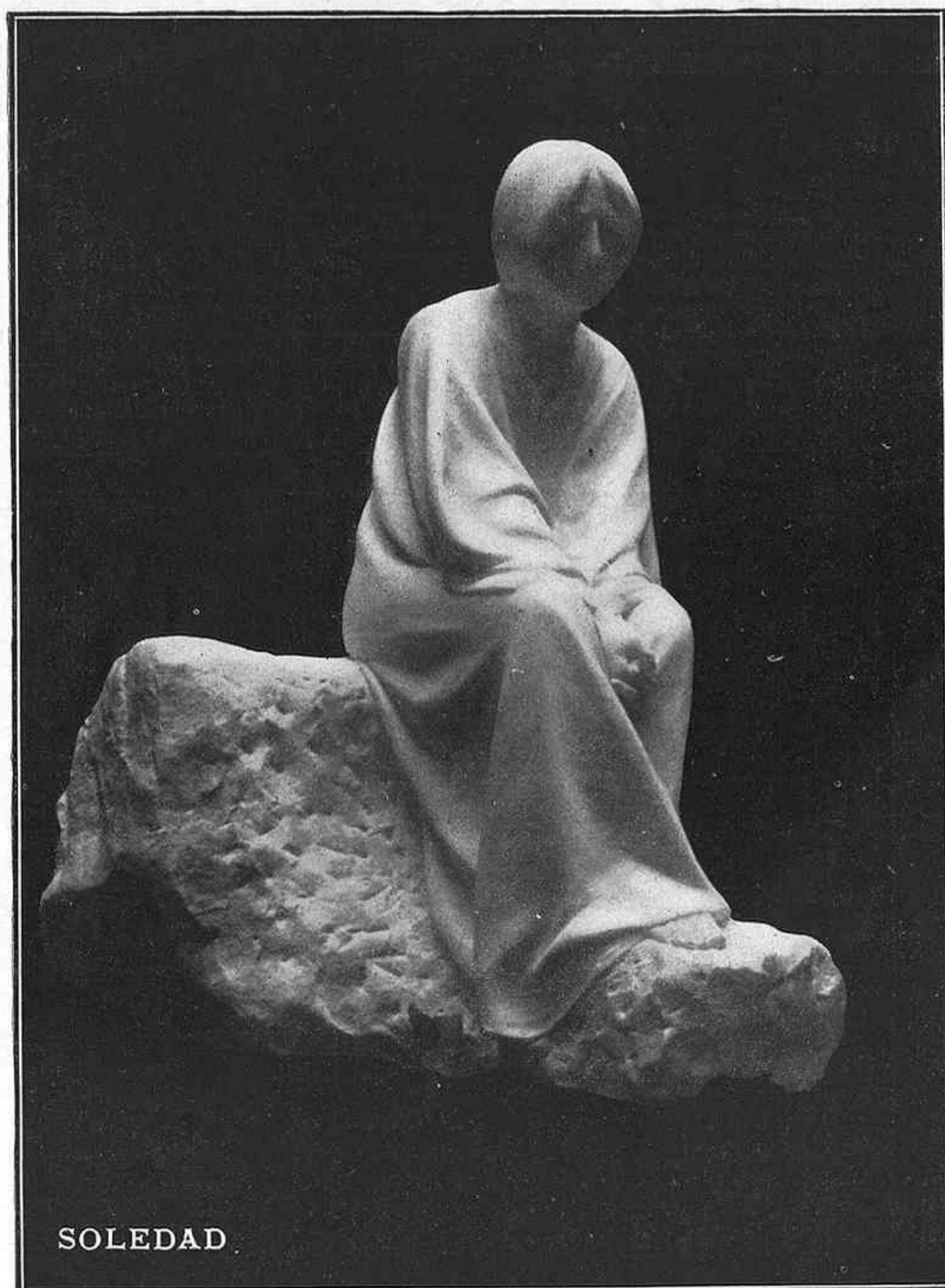
Las esculturas de Clarasó, de líneas correctísimas, clásicamente modeladas e intensamente sentidas, son un portento de finura y de expresión.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al rendir en el presente número tan merecido homenaje a los tres ilustrados artistas, les expresa su admiración más sincera y les envía su felicitación más calurosa y entusiasta.



Retratos de los hijos del Excmo Sr. D. Eusebio Bertrand y Serra, escultura de Enrique Clarasó

tución artística barcelonesa, por donde han desfilado todos nuestros pintores y escultores, y en el cual nuestro público ha podido ir siguiendo y estudiando toda la historia del arte catalán contemporáneo.



Esculturas de Enrique Clarasó



EL LABERINTO (ARANJUEZ), cuadro de Santiago Rusiñol



EMPARRADO, cuadro de Santiago Rusiñol

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de R.Jl, Argus y Branger.)



En el frente de batalla; en las trincheras de primera línea, en las inmediaciones de Reims
Una partida de naipes interrumpida por el paso de un aeroplano alemán

Después de los combates librados en la región de Soissons de que dimos cuenta en nuestra crónica anterior y cuyo resultado fué un avance de los alemanes en aquella parte del frente de batalla, ha continuado la lucha en la forma de antes y las notas oficiales de aliados y alemanes siguen relatando los mismos hechos que vienen consignando desde hace algunos meses.

Resumiendo lo que unos y otros dicen, veremos que los aliados han recuperado La Boisselle, en la región de Arrás, que habían tenido que evacuar a causa de un incendio; que después de haber efectuado algunos avances al Noroeste de Pont-a-Moussón y tomado algunas trincheras, hubieron luego de abandonar algunas de éstas perdiendo parte del terreno ganado; que al Sudeste de Saint-Mihiel, en el bosque de Apremont, se apoderaron de algunas trincheras, que al día siguiente fueron recuperadas por el enemigo; y que en la Alsacia, a pesar de las grandes dificultades del terreno, han realizado algunos progresos.

Los comunicados oficiales de los alemanes confirman las noticias a éstos favorables que consignan las notas de los aliados, y dicen, además, haber tomado algunas trincheras al Noroeste de Arrás y en el Argona, haber desalojado a los franceses de algunas alturas en los Vosgos y haber realizado algunos progresos en los Vosgos.

Aparte de estos hechos aislados, señálanse los acostumbrados duelos de artillería y ataques y contraataques sin ningún resultado definitivo.



El general Foch, jefe de los ejércitos franceses del Norte de Francia. — En los Vosgos: llegada de un destacamento de cazadores alpinos

Algunos aviadores ingleses han arrojado sobre Zeebrugge varias bombas, que rechazado al enemigo con grandes pérdidas; y que en Galicia han tenido los rusos que abandonar algunas posiciones estratégicas de primera línea, habiendo re-

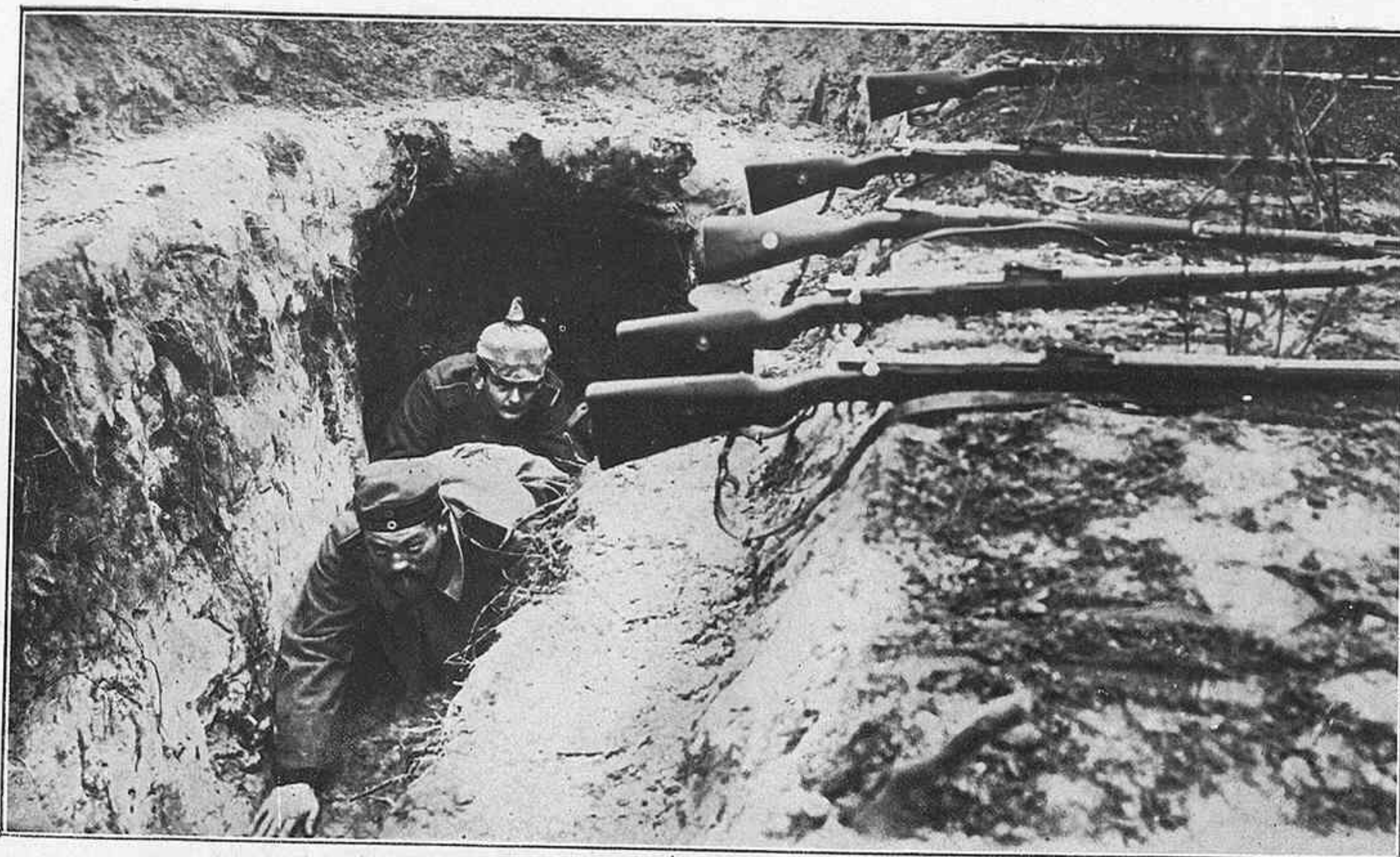
terías, causando muertos y heridos. Diez aviones alemanes han bombardeado Dunkerque, ocasionando grandes destrozos materiales y algunos muertos y heridos.

Una escuadra de Zeppelines, según los ingleses, o de aviones, según los alemanes, ha lanzado bombas sobre Yarmouth, Sherningnan, Sandringhan y King's Lynn, poblaciones de la costa oriental inglesa, matando o hiriendo a varias personas y ocasionando graves daños en varios edificios.

En el teatro de la guerra del Este no ha habido ninguna operación verdaderamente importante durante estos últimos días. Los austro-alemanes dicen que en la Polonia septentrional han desalojado a los rusos de algunas posiciones, causándoles numerosas bajas; que siguen progresando al Oeste del Vístula y en la región del río Sucha; que en la Bukovina han

percutido este movimiento de retroceso en otros puntos del frente. Los rusos, por su parte, afirman haber reconquistado en la Polonia septentrional algunas trincheras que les habían tomado los alemanes, y haber rechazado los ataques que los austriacos, con fuerzas muy considerables, intentaron contra algunas posiciones de la Bukovina.

El corresponsal que en Varsovia tiene el importante periódico londinense *The Daily Telegraph* ha comunicado a éste una noticia que creemos interesante reproducir. Dice así: «Los rusos realizan un nuevo plan de campaña y antes de un mes una nueva ofensiva se desarrollará sobre otro teatro de la guerra, que sorprenderá mucho. El carácter de estas hostilidades se adaptará perfectamente a las cualidades del ejército ruso. No se trata de combates de trincheras. El plan



Soldados alemanes que salen de su refugio subterráneo para recoger sus fusiles dejados al borde de la trinchera

servicio de avanzada, de que se aproximaba una escuadra alemana, que sin duda se proponía atacar por sorpresa las costas inglesas salió inmediatamente con

bio, los comunicados oficiales de Constantinopla, después de desmentir los éxitos que se atribuyen los rusos en el Cáucaso, añaden que éstos, a pesar de su superioridad numérica han fracasado en el intento de envolver una de sus alas, teniendo que retirarse con grandes pérdidas; que han tomado al enemigo posiciones dominantes que ocupaba más allá de la frontera turca; y que a consecuencia de la contraofensiva de los turcos los rusos han tenido que retirarse y son perseguidos con grandes pérdidas.

En la mañana del 24 de enero último trabóse en el Mar del Norte un importante combate. Avisado el almirante inglés Beatty por los *destroyers* que hacían el



Convoy de aprovisionamiento en Servia

encierra un proyecto de gigantesca operación de diversos ejércitos. Se espera su éxito, que significaría una notable demostración de la habilidad estratégica del Estado Mayor general ruso. La caballería sigue en las mejores condiciones, a pesar de dos meses de campaña continuada. El nuevo plan de campaña prevé seis meses, al menos, de operaciones activas que se aumentarán según lo exija la resistencia enemiga. Lo esencial es que existe un plan práctico que faltaba desde el éxito temporal de la campaña enemiga en el Vístula.»

Las noticias que del Cáucaso se reciben no pueden ser más contradictorias. Los rusos dicen que continúan persiguiendo a los ejércitos turcos, que les han causado numerosas bajas, hecho muchos prisioneros y tomado un campamento, y que recientemente han destruido las dos últimas divisiones del 10º cuerpo enemigo apoderándose de toda su artillería de montaña. Y en cam-

el grueso de la suya al encuentro de los buques enemigos, que no divisaron a los ingleses hasta que el combate era ya inevitable. Al darse cuenta de que habían de luchar en condiciones de inferioridad, intentaron los alemanes huir a toda máquina; pero temiendo que los veloces cruceros ingleses los alcanzasen, se decidieron a aceptar la batalla y rompieron el fuego. El almirante inglés ordenó no disparar y siguió avanzando con su escuadra; pero cuando estuvo a 8.000 metros de la alemana, mandó romper el fuego, generalizándose entonces el combate. Los ingleses avanzaban para alcanzar al enemigo. El almirante Beatty mandó que tres de sus buques se concentrasen sus disparos sobre el crucero acorazado *Blucher* que no tardó en irse a pique. Los buques ingleses se vieron obligados a cesar en la persecución porque la escuadra alemana había conseguido llegar a sus aguas, refugiándose en la zona de sus minas,



Prisioneros alemanes hechos en las inmediaciones de Soissons durante los combates librados en la orilla derecha del Asine



Dibujos de Ramón Casas



FIGURAS DE MUJER, cuadros de Ramón Casas

BARCELONA. SALÓN PARÉS. (Fotografía de F. Serra.)



VIEJOS CIPRESES, cuadro de Santiago Rusiñol



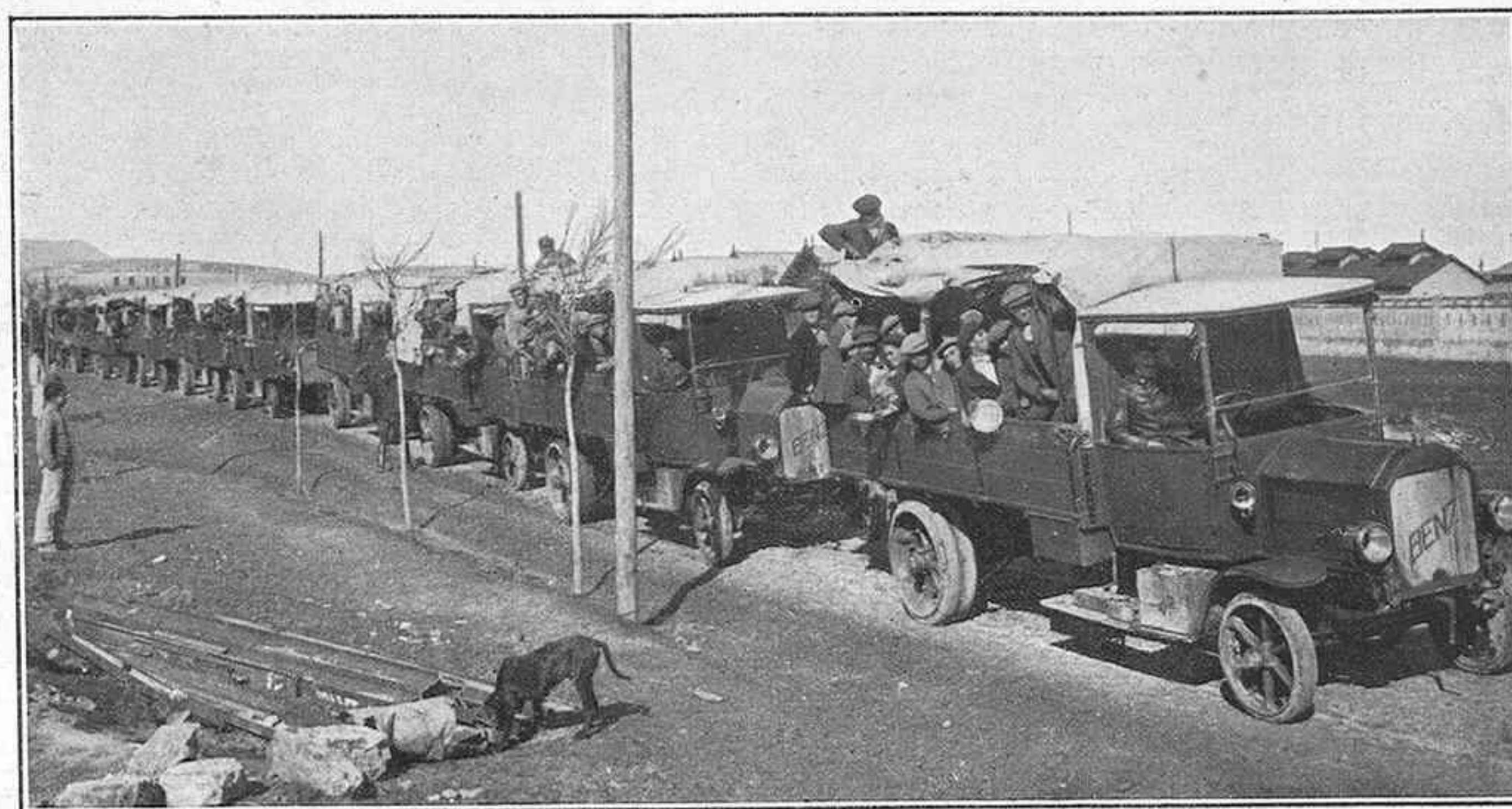
Movimiento sedicioso en Portugal. - Oficiales que se sublevaron y que fueron inmediatamente arrestados y conducidos a bordo de buques de guerra. (De fotografía de A. Rato.)

MOVIMIENTO SEDICIOSO EN PORTUGAL

Ha estallado recientemente en Portugal un nuevo movimiento sedicioso al que algunos han querido dar el carácter de sublevación monárquica y que, según otros, no significaba más que una protesta del ejército contra el ministro de la Gue-

EL GRAN DUQUE ALEJANDRO MICHAELOVITCH

En uno de los combates librados en el Cáucaso entre rusos y turcos, ha muerto el gran duque Alejandro Michaelovitch, cuñado del tsar Nicolás. El gran duque Alejandro Michaelovitch había nacido en



Melilla. Llegada de reclutas. - Los reclutas del recambio de 1914 pertenecientes a la brigada de cazadores trasladándose de Melilla a Nador en los camiones automóviles de los distintos cuerpos. (Fotografía de Lázaro.)

rra. En los primeros momentos fueron arrestados varios jefes y oficiales, entre ellos el coronel Pederó y el capitán Peidafía; estos dos, que se hallaban emigrados, fueron detenidos cuando intentaban sublevar a la infantería.

El general Castro se hizo cargo de las fuerzas y redujo a sus subordinados, los cuales entregaron las armas y fueron conducidos a los buques de guerra.

Con esto, sin embargo, no quedó reducido el movimiento, puesto que más de 300 oficiales, por solidaridad con los presos quisieron entregar sus espadas, habiéndose negado sus jefes a recogerlas por no tener órdenes superiores. Entonces aquellos oficiales se encerraron en los cuarteles dándose ellos mismos por arrestados.

Como consecuencia de aquellos sucesos, reunió el Consejo de Ministros en el Palacio de Belem bajo la presidencia del Presidente de la República Sr. Arriaga y habiendo presentado su dimisión el ministro de la Guerra, el Sr. Arriaga expresó su voluntad de consultar el caso con los jefes políticos y otras personalidades.

En vista de esta actitud del Presidente de la República, el gobierno acordó dimitir colectivamente, y aquél encargó la formación de nuevo gobierno al general Pimenta Castro.

A todo esto, ocurrieron en Lisboa algunos graves desórdenes promovidos por los demócratas y habiendo el ministerio dimisionario acudido al Sr. Arriaga en demanda de poderes excepcionales para dominarlos, el Presidente de la República se negó a otorgárselos y llamó al general Pimenta Castro, el cual se puso en comunicación con las fuerzas militares y de policía de la capital y adoptó rápidamente varias medidas enérgicas que hicieron fracasar la tentativa revolucionaria.

El general Pimenta de Castro mandó poner en libertad a todos los oficiales detenidos y devolver sus espadas a los que habían hecho acto de solidaridad con aquéllos y que han vuelto a desempeñar sus cargos, y restableció inmediatamente la libertad de imprenta, autorizando la publicación de los periódicos que habían sido suspendidos por el anterior gobierno.

El nuevo presidente del Consejo de Ministros es un militar valiente, un técnico competentísimo en asuntos militares y al mismo tiempo un verdadero hombre de Estado con un conocimiento extraordinario en cuestiones de Hacienda. Es un buen amigo de España y partidario de una aproximación político-económica entre España y Portugal dentro de la natural independencia de ambas naciones.

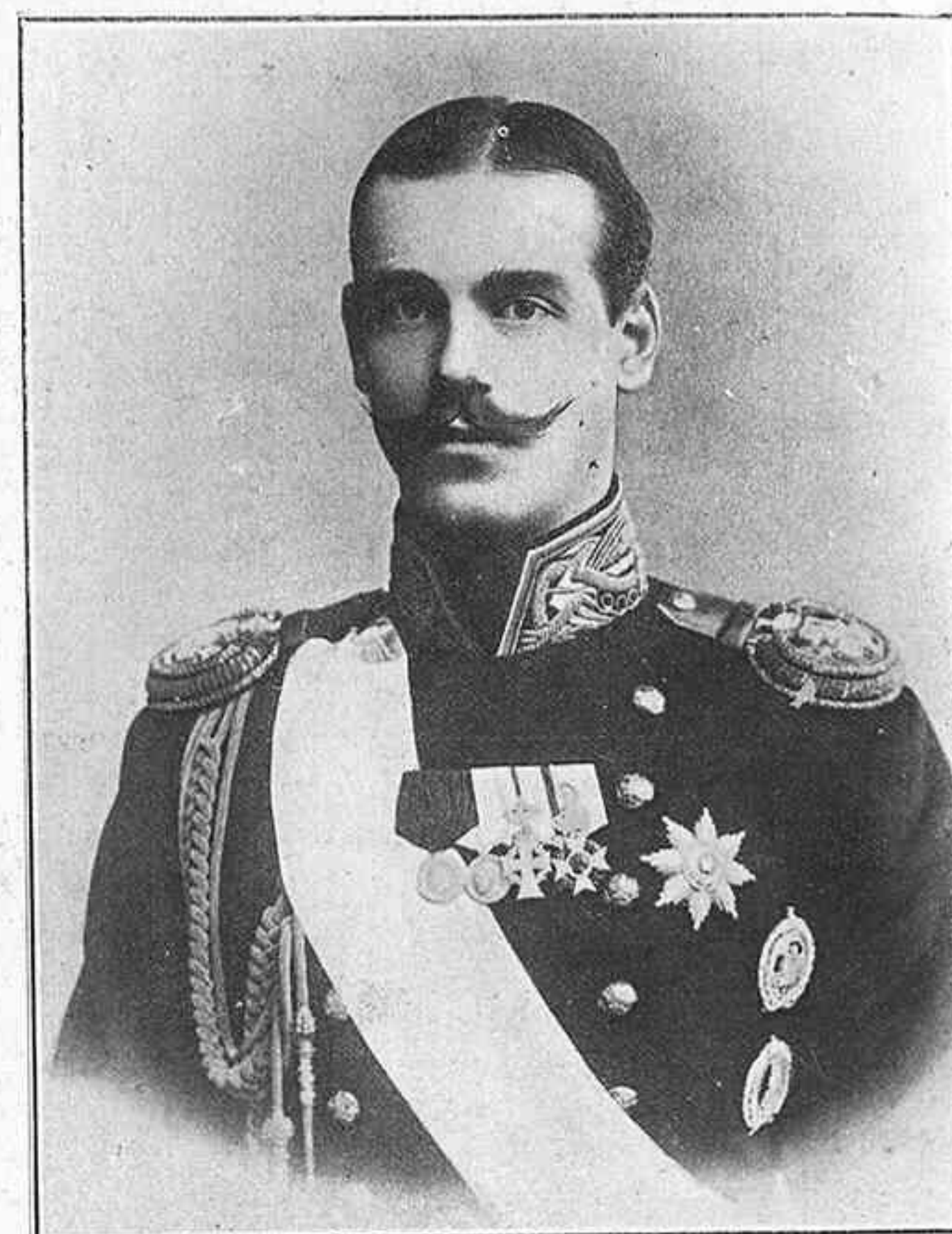
Tiflis el 1.º de abril de 1866 y era hijo del difunto gran duque Miguel Nicolaievitch. Era ayudante del tsar, jefe del 73 regimiento de Crimea, y caballero de la orden de San Andrés, del Elefante y de la Anunciata.

En 25 de julio de 1894 se casó con la gran duquesa Xenia Alexandrowna, hermana del tsar, nacida en San Petersburgo el 25 de marzo de 1875.

BARCELONA

PRUEBAS TÉCNICAS DE LA NUEVA TUBERÍA PARA LA CONDUCCIÓN DE LAS AGUAS DE MONCADA

Los Sres. Butsems y Fradera, a quienes el Alcalde, en virtud de la autorización que le concedió el Ayuntamiento, encargó la construcción de una nueva tubería para la conducción



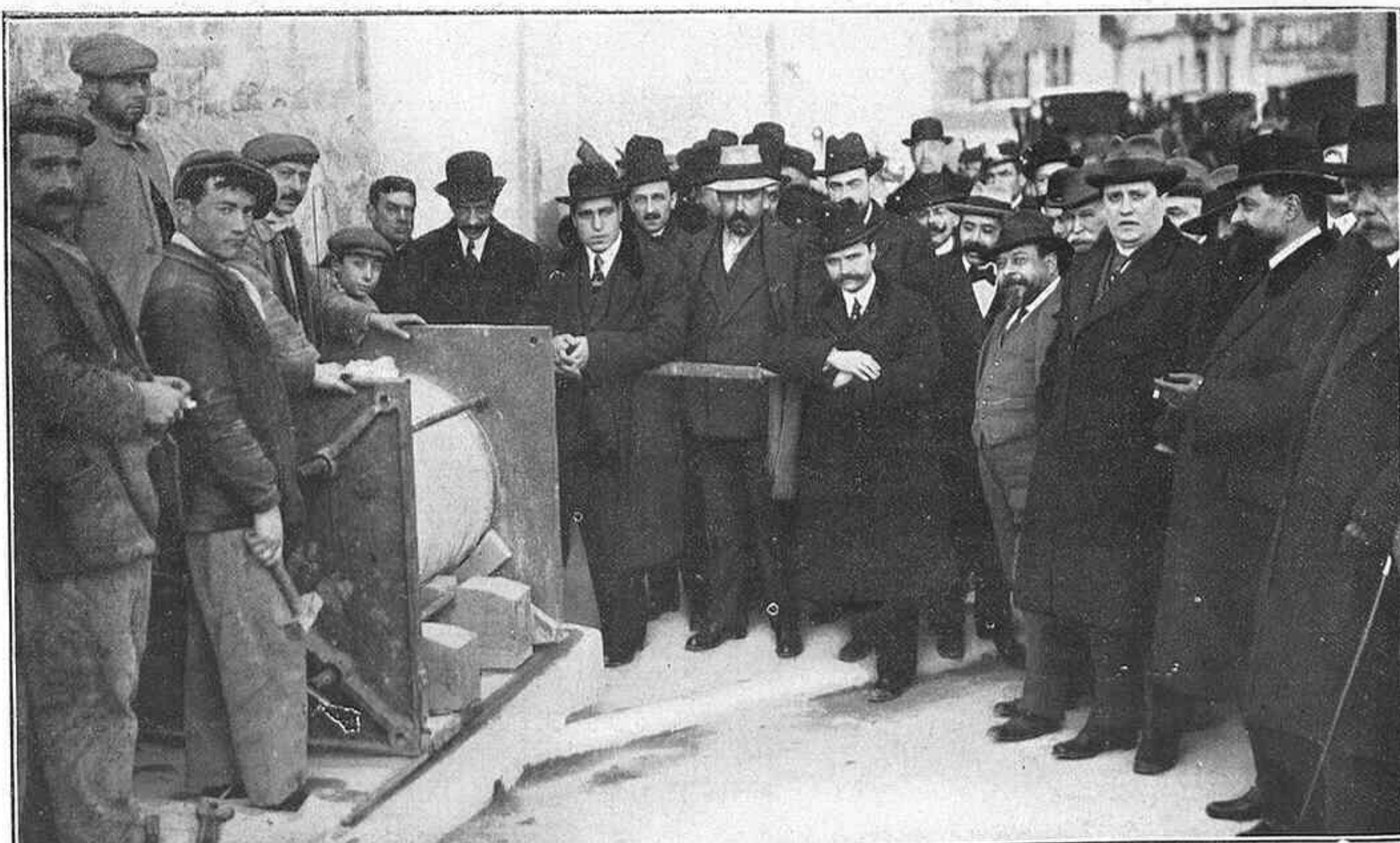
El gran duque Alejandro Michaelovitch, cuñado del tsar de Rusia, que ha muerto en uno de los combates recientemente trabados en el Cáucaso entre rusos y turcos. (De fotografía de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

de las aguas de Moncada, invitaron al Ayuntamiento, a la comisión asesora, a las asociaciones técnicas y a varias distinguidas personalidades y a la prensa, a visitar su fábrica a fin de que en ella viesen la obra que les había sido encomendada y presenciasen las pruebas técnicas de la misma.

Después de haber recorrido las distintas dependencias de la fábrica, pasaron los invitados a una gran explanada en donde se están consruyendo los últimos trozos de tubería y en donde había 5.200 tubos que forman una extensión total de 5 kilómetros 200 metros.

Lleno de agua uno de aquellos tubos y cerrados herméticamente sus dos extremos, se hizo presión sobre la masa líquida por medio de una prensa hidráulica y cuando el manómetro marcaba una atmósfera y media, la superficie del tubo no presentaba la más pequeña señal de humedad, quedando así demostrado que reunía las condiciones exigidas en el contrato. Para probar hasta dónde llegaba el máximo de resistencia, hízose que siguiese funcionando la prensa hidráulica, habiendo resistido perfectamente el tubo una presión de cuatro atmósferas y no habiendo traspasado la humedad hasta que el manómetro señaló 4,40 atmósferas.

Efectuáronse otras varias pruebas de resistencia y flexibilidad de los tubos y se realizó la operación de unir los tubos en un trozo de galería, habiendo dado unas y otra resultados enteramente satisfactorios.



Barcelona. - Pruebas técnicas de los nuevos tubos de canalización para la conducción de las aguas de Moncada. El alcalde accidental Sr. Pich, acompañado de varios concejales, de la comisión asesora y de otras personalidades, presenciando las pruebas en la fábrica de los Sres. Butsems y Fradera. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... ya había llenado casi mi cestita, y como hacía mucho calor, me senté sobre el césped

La cuaresma era extraordinariamente fría, aquel año; Antonina, devorada por la fiebre, había adquirido la costumbre de abrir un instante su ventana, por la noche, al retirarse a su cuarto, a fin de refrescar el aire tibio y pesado de las moradas rusas. La Niania tenía buen cuidado de cerrarlo todo; pero mientras la vieja tomaba parte en la tardía cena del servicio en la cocina, Antonina abría la ventana de par en par y permanecía allí en contemplación ante las estrellas; recibiendo con delicia el viento helado que refrescaba el ardor de sus venas. Al menor ruido, cerraba los cristales, como una culpable... ¿Y no era culpable en efecto?

Al cabo de pocos días, se declaró un poco de tos; la fiebre aumentó, y la señora Karzof exigió que su hija guardase cama.

Antonina se sometió sin resistencia; así estaba segura de evitar la presencia de Titolof, a quien estaría vedado el introducirse en su cuarto. El médico llamado a visitarla encontró una ligera irritación de pecho, y prescribió una poción que la señora Karzof en persona dió cada hora a su hija. Al día siguiente, Antonina se encontró muy aliviada; pudo levantarse, y hasta obtuvo, para los días siguientes, el permiso de salir, con la condición de tomar unos polvos que le llevaron al cuarto.

Titolof mostró una vivísima alegría al ver a su novia repuesta, y le trajo un magnífico ramo de flores y un palco para el circo, pues el circo es una diversión permitida en Cuaresma. Hasta hace poco, los teatros permanecían cerrados durante ese tiempo de penitencia.

IX

Llegado el día, Antonina recibió la orden de hacerse peinar antes de la comida, y la cocinera, prevenida de antemano, tuvo que arreglárselas para servir a las cuatro, de modo que apenas eran las tres

cuando la señora Karzof entró en el cuarto de su hija.

— Lazos color de rosa, Niania, dijo a la fiel sirvienta.

Refunfuñando, ésta fué en busca de la caja de cartón que contenía los lazos y las cintas, y Antonina quedó sola con su madre.

Con gran sorpresa de esta última, la muchacha se quitó el peinador que le habían puesto, se levantó y dijo:

— Mamá, se lo suplico, no me haga desgraciada para toda la vida. No le pido que me case con Dournof; pero, por favor, no me dé a Titolof por esposo.

La señora Karzof se encogió de hombros. Aquella frase que oía todos los días con pocas variantes, pues la pobre Antonina no hacía alardes de elocuencia, resbalaba sobre su corazón sin impresionarlo.

— Mamá, repuso Antonina con más fuerza, se lo pido hoy por última vez.

— Celebraré mucho no volverlo a oír, contestó la señora Karzof, porque me fastidias soberanamente.

— No sea usted inflexible, mi querida mamá, repuso Antonina haciendo un soberano esfuerzo para mostrarse cariñosa y tierna. No quiero casarme con Titolof porque me es insoportable.

— ¡Un hombre tan simpático!, replicó la madre: eres difícil de contentar.

— Es horriblemente fatuo y tonto.

— Yo le encuentro inteligente, pero en el día es cosa convenida que los hijos tienen más talento que los padres, dijo la señora Karzof muy picada; porque, en efecto, su futuro yerno era para ella un hombre lleno de inteligencia y de gracia.

— Bueno, mamá, la culpa es mía; soy una muchacha fantástica, caprichosa, injusta: pero tal como soy, soy su hija, usted me quiere y yo la quiero a usted, y, madre mía, yo detesto al Sr. Titolof.

La señora Karzof, que siempre se había mostrado dura cuando Antonina le hablaba con la calma y la dignidad en que se mantenía, se conmovió al oír la hablar como una muchacha ordinaria; la invitó a sentarse a su lado, acarició sus largas trenzas negras, y le habló con dulzura.

— Escucha, hija mía, te aseguro que serás muy feliz; partirás para N...

— ¿Partir?, dijo Antonina con espanto. Hasta entonces había creído que Titolof debía permanecer en Petersburgo.

— ¡Y bien! ¿En qué piensas, que no lo sabes? Hace quince días que no hablamos de otra cosa.

¡Ay!, era verdad, pero Antonina no escuchaba nunca lo que sus padres y su futuro decían entre sí o sus palabras eran para ella un zumbido monótono, que servía de acompañamiento a sus pensamientos. Aquella idea de la partida le dió el golpe de gracia.

— No quiero dejaros, mamá. Mi padre es viejo, y me quiere. ¿Quiere usted causarle el disgusto de no volver a ver a su hija?

Hizo lo que no había hecho nunca, besó las manos de su madre, lloró, suplicó...

— ¿Ves, Nina?, dijo al fin la señora Karzof emocionada; si las cosas no estuviesen tan adelantadas, hubiera retirado mi palabra; pero ahora, tu casamiento está anunciado, el volvernos atrás sorprendería demasiado a todo el mundo; tu ajuar está hecho, las esquelas de invitación, preparadas, no falta ya más que probar tu traje de boda... ¡Es imposible, hija mía, reflexiónalo tú misma!

Antonina abandonó su actitud suplicante.

— ¿Usted quiere?, dijo ella con voz temblorosa; sea, pero se arrepentirá amargamente.

— ¿Amenazas?, exclamó la señora Karzof. ¡Y yo que sentía, hace un momento, haberme comprometido a efectuar ese matrimonio! ¡Qué tontas somos de creer lo que nos dicen los hijos! Niania, dijo a la criada que volvía, ponle lazos color de rosa, y procura que esté hermosa, de buen grado o por fuerza.

Dicho esto, salió majestuosamente del cuarto, no sin gruñir sobre su acceso de sensibilidad.

— Niania, dijo tristemente Antonina, arrégrame lo mejor que puedas, a fin de que el mundo de los vivos guarde un buen recuerdo de mí cuando yo ya no exista.

— ¿Qué dices, ángel mío?, exclamó la vieja asustada. No hables de morir a tu edad... ¿Se muere por ventura a los veinte años? Mira mis viejos huesos que apenas puedo arrastrar y que Dios no quiere poner en reposo. ¡Morir! Tiempo queda para pensarlo, gracias a Dios.

Una extraña sonrisa iluminó el rostro de Antonina, que se sentó delante del espejo de su tocador. Examinó su cara, de la cual solía preocuparse poco. ¡Qué de juventud y qué de vida, a pesar de la indisposición reciente, en aquellos tejidos nacarados, en aquellas venas azules por las cuales corría una san-

gre viva y caliente! Sus pesadas trenzas, sus cejas espesas y regulares denotaban la abundancia de la savia en aquel cuerpo encantador, al que el vigésimo año aportaba su complemento de elegancia y de armonía. Durante su tocado, Antonina miró atentamente sus brazos bien contorneados y su busto ya lleno en que los rosados tintes de la juventud heroseaban todavía las carnes; miró correr la sangre bajo la piel hasta las extremidades de sus afiladas manos, y pensó que era una lástima que todas aquellas cosas exquisitas tuviesen que ir a parar a seis pies bajo tierra. Las lágrimas subieron a sus ojos, ella las contuvo animosamente y se secó los párpados con el dorso de la mano.

— Lloro, hija mía, esto alivia mucho, le murmuró la Niania acabando de vestirla; esto alivia mucho; ¡estás tan oprimida de algunos días a esta parte!

— No tengo tiempo, dijo bruscamente Antonina, Dame el vestido gris de barés.

— ¡Un vestido tan ligero! Pero, paloma, en el circo hace mucho frío. No es como el teatro, bien cerrado y caliente. En el circo hace mucho frío y por todas partes hay corrientes de aire.

— Haz lo que te digo, repitió imperiosamente la muchacha. Mi madre quiere que esté hermosa, hay que obedecerla.

La Niania fué a buscar el vestido en cuestión, cuyo cuerpo transparente recubría el pecho y las espaldas de barés solo; además, era bastante escotado. Antonina se puso aquel vestido con una especie de triunfo, y se miró después en el espejo. Nunca había estado tan hermosa. Con los ojos brillantes de una especie de rabia, prendió un lazo sobre su vestido, echó una postrer mirada y se inclinó irónicamente ante su imagen.

— ¡Los que van a morir te saludan!, dijo ella, y pasó inmediatamente al salón, donde Titolof, invitado a comer, la esperaba con mucha paciencia.

— ¡Qué hermosa está usted!, le dijo saludándola.

— ¿Verdad que sí, general?, contestó la muchacha con una risita burlona. Hay que vestirse cuando se presenta una en sociedad.

— ¿No tendrás frío con ese vestido?, preguntó solícitamente la madre.

— ¿Se tiene acaso frío cuando una se divierte?, replicó Antonina. Cuento divertirme esta noche. Desde que empezó la cuaresma, los placeres han sido para mí muy escasos. Ya es hora de empezar.

Nunca había hablado tanto. Titolof, estupefacto, la miraba sin atreverse a despegar los labios. Le habían cambiado su Antonina, seguramente. La joven que nunca decía una palabra no podía ser la que ahora le hablaba tan libremente. Sentáronse a la mesa; Antonina pidió vino a su padre: nunca bebía más que agua. La señora Karzof se asustó. Temió que su hija hubiese concebido el plan maquiavélico de hacerse odiar a los ojos del general simulando los defectos que más pudiesen desagradarle, dada su situación particular. Pero este plan sencillísimo y de buena guerra no era de los que Antonina podía formar; su astucia no iba tan lejos. Terminada la comida, tratóse de marchar; Antonina pasó a su cuarto y llamó a su Niania.

— Ve a casa de Dournof, le dijo.

La vieja la miró atentamente, pero no leyó nada en sus ojos.

— Pero ve en seguida, y dile que volveremos a vernos pronto.

— ¿Pierdes el juicio, hija mía?, murmuró la Niania inquieta.

— Nada más serio, y sabes que yo no gasto bromas jamás. Dile que le amo y que pronto nos volveremos a ver.

— Obedeceré, hija mía, obedeceré, dijo tristemente la Niania.

Antonina pasó su fresca mano con un gesto de caricia sobre el huesoso rostro de la vieja sirvienta, cogió un ligero chal que se echó a la cabeza y salió; la esperaban para subir al coche y su madre la había llamado ya tres veces.

X

El palco tomado por Titolof era el mejor de todos: un palco de barrera, junto a la puerta de las cuadras; de ningún otro sitio se podían ver tan bien las maravillas de M. Bouthors, incluso los monos y los perros. Cierta es que llegaba allí una terrible corriente de aire colado, cada vez que abrían las puertas interiores, pero no hay rosa sin espinas; otro descontentadizo hubiese alegado quizá que se recibía allí mucha arena lanzada por los pies de los caballos; pero cuando se va al circo ¿no es para tragar polvo?

En aquella época — ya remota —, las señoras y caballeros que se levantan unos a otros a fuerza de

muñeca o de mandíbula hasta el techo del edificio no estaban aún de moda; no se veía a muchos peruanos, bailando a cuarenta pies de altura sobre un alambre imperceptible; ningún gimnasta aéreo pasaba, en aquellas alturas, de un trapecio a otro, arrancando gritos de espanto a las señoras que estaban sentadas debajo y que tenían sin duda que se cayese sobre su cabeza. Los circos de aquella época exhibían muchos caballos, perros y monos, y hasta algún elefante, del tamaño de un buey; lo cual probaba, en el orden inverso, un mérito raro, siendo aquel elefante «el más pequeño de los gigantes conocidos». Sin que el público perdiese en ello gran cosa, quizá salía ganando la decencia. Pero lo que ésta ganaba por un lado, lo perdía sin duda por otro, puesto que el circo era considerado como un lugar peligroso, casi inmoral, adonde no solían ir las muchachas mayores de diez o doce años; se daban expresamente *matinées* infantiles, a las cuales las señoritas podían asistir.

La llegada de una familia decente y poco acostumbrada a las maneras del local, y su presencia en un palco ordinariamente ocupado por la crema de las mujeres galantes, produjo un ligero murmullo, y cincuenta gemelos enfocaron a Antonina. Ésta se puso colorada como bajo una afrenta, pero recobró en seguida la serenidad y se abandonó a la admiración general con una grande indiferencia.

El aire colado soplaba sobre sus espaldas casi desnudas. Ocupaba naturalmente el mejor sitio, es decir, el más próximo a la barrera. Estaba vuelta de espaldas a las cuadras, y de vez en cuando un escalofrío pasaba por ella.

— ¿Tienes frío?, le dijo su madre, viendo alternativas de coloración y de palidez que jaspeaban el rostro de la muchacha.

— No, mamá, estoy muy bien.

— Póngale esto sobre las espaldas, Sr. Titolof, dijo la madre presentándole una ligera manteleta; no hay que olvidar que acaba de estar enferma.

Titolof colocó graciosamente la prenda sobre las espaldas de la joven, que le dió las gracias y continuó mirando al público con los gemelos. Tres minutos después, la manteleta se había escurrido detrás de la silla. Durante el intermedio, Titolof ofreció helados; el aire colado aparte, hacía muchísimo calor en la sala demasiado alumbrada y demasiado llena. Aceptóse la invitación de Titolof, y Antonina tomó, no un helado, sino dos.

«Va a hacerse pasar por glotona», pensó la señora Karzof dirigiéndole una mirada de reconvención. Pero Antonina no comprendió el lenguaje mudo de aquellos ojos terribles, y tomó su segundo helado.

— ¿No es una imprudencia?, preguntó la buena señora.

— No, mamá, contestó la muchacha que se había apresurado a concluirlo.

Tendió su plato vacío a Titolof y reanudó sus observaciones.

La salida del circo se opera siempre entre apreturas y el orden se hace lentamente. En el estrecho pasillo de tablas en que se apretujaba la multitud, el aire frío llegaba de fuera cada vez que abrían la puerta de la calle, y la abrían sin cesar.

El Sr. Karzof y el general habían ido a buscar un coche de alquiler y no podían llegar a encontrarle en medio de aquella confusión de carruajes que parece tener que reproducirse a la salida de todos los teatros imaginables.

«El cielo me favorece», pensó Antonina. Y dejó escurrirse de sus hombros el abrigo forrado de pieles que los cubría, y bajo el cual había tenido ya tiempo de ahogarse.

— ¿Qué haces?, le dijo su madre volviéndose de pronto, se te cae el abrigo y vas a resfriarte; súbelo.

— Sí, mamá, contestó Antonina.

Pero momentos después, el abrigo había vuelto a escurrirse.

Una mano enérgica lo colocó de nuevo sobre los hombros de la muchacha que hizo un brusco movimiento. Encontróse con la mirada de Dournof, que no la perdía de vista desde hacía una hora.

— ¡Silencio!, le dijo en voz baja. Gracias por tu mensaje.

— Vete, vete, le dijo al oído Antonina, mientras su madre, empujada sobre la punta de los pies, trataba de distinguir la cara de su marido o de su futuro yerno entre los que se presentaban incesantemente a la puerta.

— ¿No puedo quedarme un poco?

— No, no, vete, repitió Antonina con angustia. Aquí no, ahora no, vete.

El la estrechó la mano y se perdió entre el gentío. En seguida el abrigo volvió a caer de las espaldas heladas de la joven. Por momentos, se sentía sacu-

dida de pies a cabeza por un calofrío mortal y un extraño cosquilleo le oprimía el pecho; abrió la boca para respirar, y el aire glacial entró de lleno en sus pulmones.

«Esto es, dijo ella para sí con una fúnebre alegría al sentirse enteramente invadida por la fiebre. Es la muerte clemente que viene a libertarme.»

— ¡Aquí están!, gritó la señora Karzof precipitándose hacia la puerta. Sígueme, Nina.

Transcurrieron todavía algunos minutos antes de que se hubiesen colocado en el coche. Por fin partieron. Antonina se retiró inmediatamente a su cuarto, pretextando la fatiga, y encontró a su Niania que la esperaba.

— Vi a tu amigo, dijo ella; se alegró mucho; fué al circo...

— Lo sé, le he visto, contestó Antonina.

— ¡Qué voz tienes tan singular!, dijo la Niania asustada. ¡Qué encarnada estás! ¿Has cogido frío?

— ¡Yo!, ¡qué idea! Tráeme te, anda.

La Niania volvió con una taza de té hirviendo que la muchacha tomó de un tirón.

— ¡Vas a quemarte!, hizo observar la vieja sirvienta.

— ¡Ah!, dijo Antonina riendo, ¡qué miedosos sois! «¡Que te vas a quemar! ¡Que te vas a resfriar!» ¿Entre el frío y el calor no hay un justo medio.

La Niania miró con ojos escrutadores a su hija predilecta.

— No sé lo que meditas, hija mía, dijo ella lentamente, pero no es tu ángel de la guarda el que te ha inspirado hoy tus pensamientos.

Antonina pasó el brazo en torno del cuello de la vieja criada.

— Mira, Niania, dijo ella, no quiero en el mundo más que a dos personas, a Dournof y a ti. Acuérdate de estas palabras.

— ¡Ay!, mi querida Nina, profirió la Niania mirándola con ternura y reconvencción a la vez, a un pecado añades otro. ¿No ha dicho el Señor: «Honrarás a tu padre y a tu madre, para que Dios te dé una larga vida?»

Antonina sonrió: pero aquella sonrisa enigmática no hizo más que pasar sobre su rostro.

— Ve a cenar, mi buena Niania, dijo ella, me acostaré sola: vendrás a arreglar mi cuarto después de cenar.

La Niania obedeció; apenas había cerrado la puerta, cuando Antonina echó el cerrojo y corrió a la ventana. La transpiración ocasionada por la bebida caliente goteaba por su frente y sus sienes; arrojó su vestido sobre la cama y se estuvo de pie, con el pecho, la espalda y los brazos desnudos, temblando bajo el aire glacial. Permaneció así largo tiempo; de vez en cuando se estremecía; una palidez de ceniza se extendía sobre su rostro, pero ella absorbía el aire mortal, con la firmeza de una mártir.

Todo el que hubiera dicho entonces a la muchacha que el suicidio es un crimen la hubiera encontrado sorda. Antonina no quería vivir, y no veía más lejos; además, la muerte que había elegido sería lenta; tenía tiempo de arrepentirse y de pedir perdón a Dios por su falta.

Un reloj dió las doce en una estancia vecina. Antonina cerró la ventana, recorrió el cerrojo de la puerta y se acostó tranquilamente. Apenas se hubo metido en la cama cuando entró su madre.

— ¡Qué frío hace aquí!, dijo apretando al cuello un chal que llevaba echado sobre los hombros. No haces calentar bastante tu habitación. Este cuarto es una nevera. ¿Te sientes bien?

— Muy bien, mamá, gracias, contestó la joven.

— Estabas muy hermosa esta noche; así debes vestirte, y no como una monja. El Sr. Titolof estaba encantado de te hermosa y de tu amabilidad; veo que eres una buena hija, a pesar de tus pequeños caprichos. Buenas noches.

Se inclinó sobre su hija para besarla. De pronto, los brazos de Antonina se lanzaron en torno de su cuello.

— Usted me quiere, sin embargo, mamá, dijo con voz llena de emoción.

— ¡Claro que te quiero! Esto no se pregunta.

Antonina no contestó: acentuó su abrazo y besó a su madre en la mejilla.

— Bendígame usted, mamá, dijo en voz baja.

Su madre la bendijo, le hizo algunas caricias y la dejó. La Niania entró en seguida de puntillas.

— ¿Y bien, ángel mío, has hecho las paces con tu madre.

— Sí..., la paz eterna, contestó Antonina.

— ¡Qué palabras tan extrañas dices! Sólo Dios puede comprenderte.

— ¡Sólo Dios!, repitió la muchacha, pensativa.

Una fugitiva coloración subía por momentos a sus mejillas; estremecimientos involuntarios recorrían su

cuerpo y hacían ondular la cubierta de la cama. La Niania miró a su joven ama con una persistencia que le hizo apartar los ojos.

— ¿Tienes sueño, Niania?, le preguntó ella, para desviar su atención.

— No, contestó la vieja.

— Yo tampoco. Siéntate aquí, — indicando el pie de su cama —, y cuéntame algo.

— ¡Psé! ¿Qué quieres que te cuente?, dijo la Niania sentándose al borde de la camita estrecha y baja. Una vieja criada como yo no tiene nada que contar a nadie.

— ¿Cómo, nada? ¿Nunca te sucedió nada?

— Nada que valga la pena de ser referido.

— No es posible, contestó Antonina. Ni siquiera sé si eres soltera, casada o viuda. No es posible que no te haya sucedido algo, aunque no fuese más que al casarte.

La Niania movió dos o tres veces la cabeza con aire melancólico.

— Me casé, dijo ella, pero eso no es nada interesante.

— No importa; cuéntamelo; te lo suplico.

No sin vacilar, la Niania cogió la punta de su delantal y se puso a enrollarla lentamente, como hacen las campesinas cuando hablan, y empezó su historia en voz baja.

XI

— Mi padre — ¡que Dios le conceda el reposo eterno! — era un hombre alegre y activo, le gustaba trabajar, como le gustaba reír y andar de fiesta en fiestas; aun recuerdo cuando volvía a casa, los domingos por la noche, cantando y gritando. Estaba más ebrio de canciones y de alegría que de vino. No le gustaba el aguardiente: decía que da tristeza; y cuando bebía algún licor fuerte, era hidromel o cerveza dulce; pero esto le sucedía raramente.

En la casa paterna éramos una multitud de hijos y yo era la mayor. Desde mi infancia, no recuerdo haberme visto nunca sin un niño en brazos; el uno reemplazaba al otro tan pronto como sabía andar, y así sucesivamente. Así llegué a la edad en que las niñas empiezan a ser formales y a mirar si llevan bien trenzados sus cabellos. Era hija de un labrador y no de un criado, y nunca hubiera entrado en los cuartos de los amos. Ya verás, hija mía, cómo llegué a servir en tu casa. Era yo grandecita, cuando mi pobre madre murió. Era una mujer severa, tan seria como alegre era mi padre; había sido conmigo la mitad menos cariñosa que él, y sin embargo, cuando la puso en el ataúd, me pareció que no volvería yo a ver jamás días de sol. A partir de aquel momento, no volví a tener niños en brazos, a excepción del último que tenía doce días, y puede decirse que éste se crió solo, pues yo no disponía de mucho tiempo para cuidarlo. Sin embargo, le quería más que a los otros.

Mi padre estuvo triste durante algunos días, pero tenía el corazón tan naturalmente alegre, que no podía llorar mucho tiempo; volvió a reír con sus compañeros, y yo permanecía en casa para cuidar de toda la nidada.

— ¿Tan joven?, dijo Antonina.

— ¿Qué quieres, hija mía? Hay que inclinarse para no romperse. ¿Qué podía yo hacer contra la voluntad de Dios? Él nos había quitado la madre, y su voluntad era sin duda que yo criase a los hijos: de lo contrario, no me hubiese hecho nacer la primera.

Así pasé algunos años; los pequeños eran ya fuertes, el último corría desde hacía mucho tiempo, y yo disponía de algunas horas al día. Llegada la buena estación, las aproveché para ir a buscar setas y frutos silvestres a fin de secarlos para el invierno. No tenemos muchas golosinas y las cogemos donde Dios nos las ofrece.

Cierta día, había ido yo al bosque con mi cesto, a coger fresas; ya había llenado casi mi cestita, y como hacía mucho calor, me senté sobre el césped. Por casualidad, la madre de tu madre, tu difunta abuela, a quien no has conocido, vino a pasearse por el bosque y a tomar el té con la compañía. Los excursionistas habían llegado en un gran carruaje de cuatro caballos, y eran al menos una docena. Tu abuela, que era muy buena, me hablaba cuando pasaba por el pueblo, pero yo no era bastante desenvuelta para acercarme a ella, y me aparté un poco, internándome en el bosque. De vez en cuando oía resoplar los caballos y sonar los cascabeles, lo cual me divertía; yo no conocía ningún placer, y me gustaba saber que los señores se divertían juntos.

Estando allí, oí pasos en el bosque, cerca de mí; me volví y me puse en pie en seguida para huir; pero tuve la curiosidad de ver quién era el cristiano que se había acercado. Le reconocí inmediatamente, y sin embargo no le había visto más que dos veces;

era Afanasí, el joven cochero de tu abuela; sólo tenía dieciocho años, pero sabía guiar cuatro caballos como nadie. Si le hubieses visto cuando guiaba la calesa de tu abuela, para ir a la iglesia los domingos...

La Niania se interrumpió, exhaló un suspiro e hizo la señal de la cruz.

— Afanasí, continuó, me pareció más hermoso que el sol; llevaba una barbita rubia que empezaba a enortijarse, y cuando él sonreía, yo creía ver el cielo con sus ángeles, colocados alrededor del Padre eterno; me habló, me preguntó cómo me llamaba, y me dijo que era bonita...

La Niania se interrumpió otra vez.

— Volvamos a mi viejo pecado, dijo ella; el espíritu maligno me inspira...

— ¡No, no!, repuso Antonina, que la escuchaba apoyada sobre un codo, con los ojos brillantes; cuéntamelo todo. ¿Le amaste?

— ¡Más que a mi alma!, dijo sordamente la vieja. Jamás, fuera de mi padre y de mis hermanitos, nadie me había dicho una palabra amable; la gente aseguraba que yo era orgullosa porque no hablaba a los habitantes de nuestro pueblo: no era orgullosa, sino tímida. Con Afanasí, era tímida también, pero él sabía tranquilizarme. Empecé por mirarle con disimulo, detrás de mi codo doblado ante los ojos, como hacen nuestras muchachas vergonzosas, y acabé por mirarle en el fondo de sus ojos. Le quería tanto, que cuando no lograba verle, aunque fuese de lejos, en el patio de los señores, cuando limpiaba los carruajes o cuando conducía los caballos a beber en el río, estaba yo triste todo el día y lloraba por la noche sin poder dormirme.

Hacía ya seis semanas que había encontrado a Afanasí en el bosque por vez primera; había vuelto a verle en la granja y en otros puntos; pero yo era tan tímida, que no me atrevía a permanecer más de un minuto con él. ¡Cosa más rara! Antes del momento de verle, estaba yo impaciente; las horas me parecían años, y luego, cuando iba en su busca, iba lentamente, como si sintiera acercarme a él; y en seguida de haber yo llegado, si él trataba de estrecharme por la cintura o de besarme, encontraba un buen pretexto para huir en el acto. Cuando me hallaba algo lejos, me detenía para verle volver a casa de sus amos, oculta detrás de un árbol o de una pila de heno, y cuando había podido verle sin que él me viese a mí, estaba contenta y tranquila hasta el día siguiente.

Una tarde, yo me había quedado de pie en el recondo de la avenida que conducía a casa de los señores, y miraba a Afanasí que iba a grandes pasos hacia la cuadra; le encontraba tan guapo, que mi corazón iba tras él; no pensaba en otra cosa, pero sentía que luego, cuando él hubiese desaparecido detrás de la pared, me quedaría muy triste; mi padre, que volvía del trabajo más pronto que de ordinario, me vió y se acercó a mí. Yo no le había visto a él, y di un salto de espanto cuando me dió una palmada en el hombro.

— ¿Qué miras ahí?, dijo en son de burla; ¿las largas piernas del guapo Afanasí?

Yo no tenía la costumbre de mentir y me turbé. Mi padre continuó:

— Me han dicho que te hace la corte. Anda con cuidado, hija mía; es un engañador; no creas una palabra de lo que dice.

— Pero, papá, dije, ofendida por la manera como hablaba de mi amigo; no me ha dicho nada malo.

— ¡Supongo que no te ha dicho nada, el bribón! Hace la corte a la hija del molinero y a la camarera de la señora, al mismo tiempo. Así, si no tiene por mujer a la una, tendrá la otra. Ambas tienen dinero. Es muy listo. No será él quien se case con una muchacha pobre; no le gusta el calzado de madera; necesita una mujer que lleve zapatos de cuero.

Miré mis pies descalzos; mi padre se encogió de hombros y continuó su camino. ¿Podía dejar de creer a mi padre? Y, por otra parte, ¿cómo suponer que Afanasí me engañaba? Nunca me había hablado de casarnos, y yo no me hubiera atrevido a levantar la voz sobre tal asunto. Pero yo creía me amaba lo bastante para querer pasar su vida conmigo. Regresé a mi casa; di de comer a todos mis hermanitos, y cuando estuvieron todos acostados y dormidos, yo me eché sobre el pavimento de madera, como de costumbre, y me puse a reflexionar. No podía admitir que mi padre se hubiese burlado de mí; cierto es que le gustaba reír, pero no se reía de las cosas serias, y no hubiera querido causarme pena, pues quería mucho a sus hijos. Pensé preguntar a Afanasí si realmente hacía la corte a la hija del molinero y a la camarera de la señora; pero no sé por qué se me figuraba que si le hacía tal pregunta, se enfadaría conmigo y dejaría de amarme.

(Se continuará.)

BUSTO DEL GENERAL AZNAR

Los jefes y oficiales de la Guardia Civil, desearios de testimoniar su gratitud al general Aznar,



Busto del general Aznar que han dedicado a éste los jefes y oficiales de la Guardia Civil, obra de Miguel Blay. (Fot. de Asenjo.)

cho que hizo en pro del benemérito Cuerpo mientras estuvo al frente de la Dirección general del mismo, le han dedicado el busto que adjunto reproducimos y que ha sido modelado por el ilustre escultor Miguel Blay.

Tratándose de una obra de artista tan eminente, huelga to-

actual jefe de la Casa militar de S. M. el rey, por lo mu-

es consignar, sin embargo, que la acción está hábilmente conducida y que dentro de la inverosimilitud y de la arbitrariedad de las situaciones, no resultan éstas forzadas ni del todo absurdas o inexplicables. La obra ha sido muy bien puesta en escena y en su ejecución se portan como buenos los actores y actrices que en aquel coliseo actúan bajo la dirección del señor Caralt.

Con gran pompa se ha celebrado recientemente en la iglesia de San Francisco el Grande la ceremonia de armar caballero y vestir el hábito de la Orden militar de Montesa al nuevo obispo de Ciudad Real, prior de las Ordenes militares, D. Javier Irastorza. Concurrió al acto el capítulo de las cuatro órdenes presidido por S. M. el Rey D. Alfonso XIII, quien vestía el hábito blanco de gran maestre y administrador perpetuo de aquéllas.

El monarca entró bajo palio, dirigiéndose a la sala capitular, en donde estaban reunidos los caballeros de las órdenes, y seguidamente se organizó la comitiva, que penetró en la iglesia, llevando los estandartes de Calatrava, Santiago, Montesa y Alcántara, el marqués de Hermita, el conde de Cedillo y los marqueses de Candelaria de Yarabo y de Casa Pizarro respectivamente.

La ceremonia se realizó con arreglo al ritual de las órdenes. Después de bendecido el hábito del nuevo caballero y prior por el deán de Ciudad Real D. Santiago Magdalena, S. M. el Rey armó caballero al prelado, y los señores marqués de Candelaria de Yarabo y barón de Planes le calzaron las espuelas.

Terminado el acto con los abrazos de rúbrica, el obispo-prior dió la bendición a los concurrentes, entre los que figuraban SS. AA. la infanta Doña Isabel y los infantes D. Carlos y D. Fernando, y numerosas personalidades de la aristocracia y de la alta sociedad madrileña.

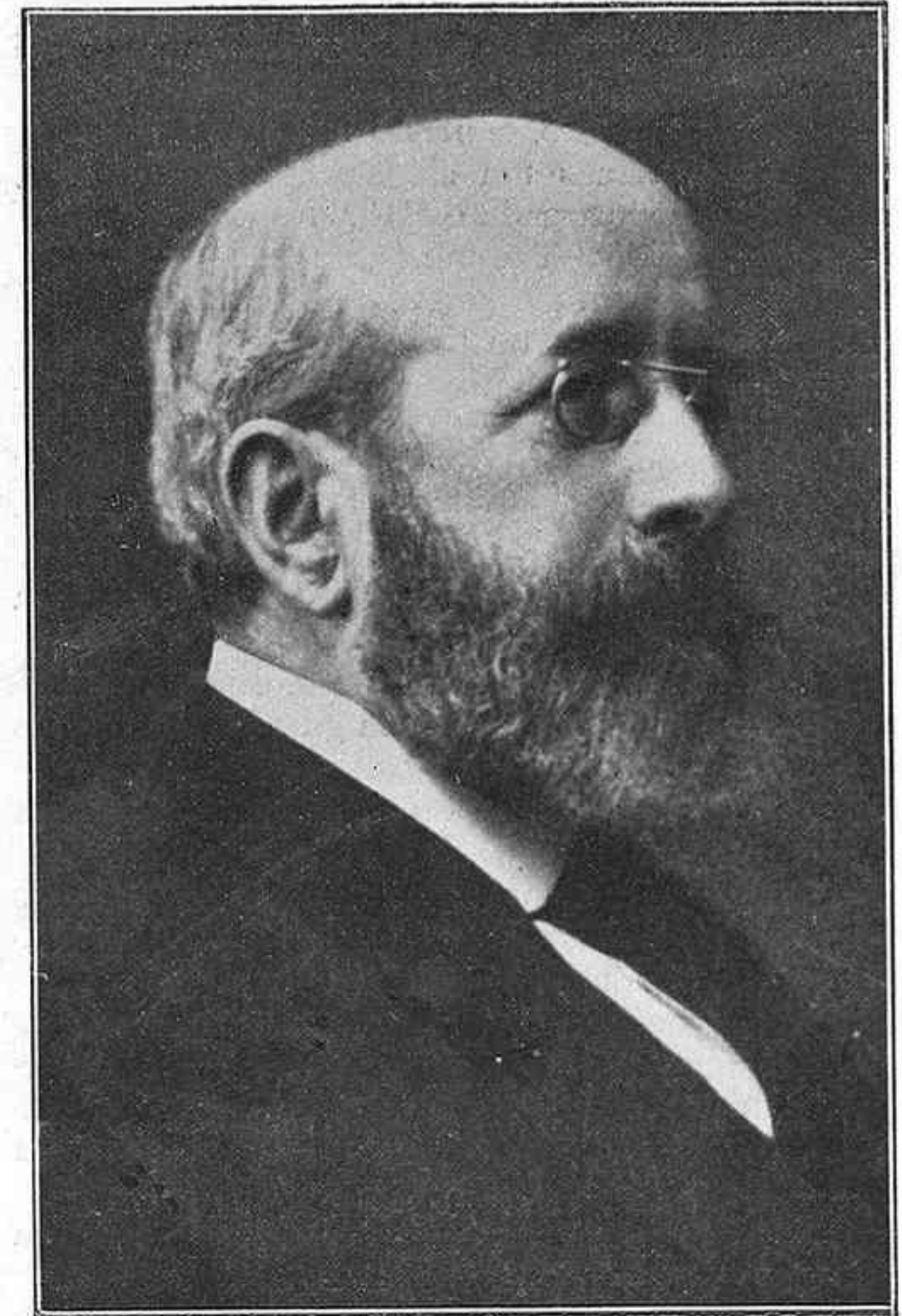
En la Real Academia Española se ha celebrado con gran solemnidad la recepción del nuevo académico de número D. Juan Menéndez Pidal, inspirado poeta, notable folklorista, erudito investigador de la historia

literaria y director del Archivo Histórico Nacional. Presidió el acto el director de la Academia D. Antonio Maura, quien tenía a su derecha al arzobispo de Toledo y al Sr. Cotarelo; y a su izquierda al obispo de San Luis de Potosí y al señor Commelerán, y asistieron al mismo casi todos los académicos y gran número de individuos de las Academias de la Historia y de Ciencias Morales, y muchas y distinguidísimas personalidades.

Acompañado por D. Juan Navarro Reverier y D. Ricardo León entró en el salón de actos el recipiendario, quien dió inmediatamente lectura a su discurso, en el cual, después de hacer el elogio de su ilustre deudo, el marqués de Pidal, a quien ha sucedido en la Academia, traza la biografía del famoso poeta y escritor español del siglo XVI D. Luis Zapata, el autor del *Carlo famoso*.



Madrid. — Cruzamiento de caballero de la Orden militar de Montesa del Obispo de Ciudad Real, Prior de las Ordenes militares de España. El obispo (x) esperando la llegada de S. M. el Rey.



D. Juan Menéndez Pidal, cuya solemne recepción en la Real Academia Española se ha efectuado recientemente

El trabajo del Sr. Menéndez Pidal es un verdadero alarde, no sólo de sus altas dotes de literato, sino también de sus excepcionales condiciones de erudito e investigador; en él, como fruto de largas y pacientísimas investigaciones, destruye por completo la biografía de Zapata hasta hoy conocida y escribe otra nueva fundada en pruebas fehacientes recogidas en los archivos y abundante en episodios tan interesantes como curiosos y pintorescos.

Contestó al nuevo académico el Sr. Rodríguez Marín, quien en su discurso, escrito con la galanura y el donaire que caracterizan a tan ilustre literato, dedicó grandes elogios al señor Menéndez Pidal, ensalzándolo como crítico, como historiador y como poeta de altos vuelos, citando algunas de sus más inspiradas poesías y haciendo un estudio profundo de sus principales trabajos folkloristas y de carácter histórico.

Los dos discursos fueron premiados con unánimes y entusiastas aplausos.

Terminó el acto imponiendo el Sr. Maura al Sr. Menéndez Pidal la medalla de individuo de la Real Academia.



Madrid. — Una escena de *León, Zamora y Salamanca*, comedia en tres actos y un prólogo de los Sres. Jaquetot y Navarro, estrenada con buen éxito en el Teatro Eslava.

do elogio; basta contemplar la escultura para comprender que en ella hay algo más que el parecido físico y que en las facciones todas se revela la fisonomía moral de la insigne personalidad retratada.

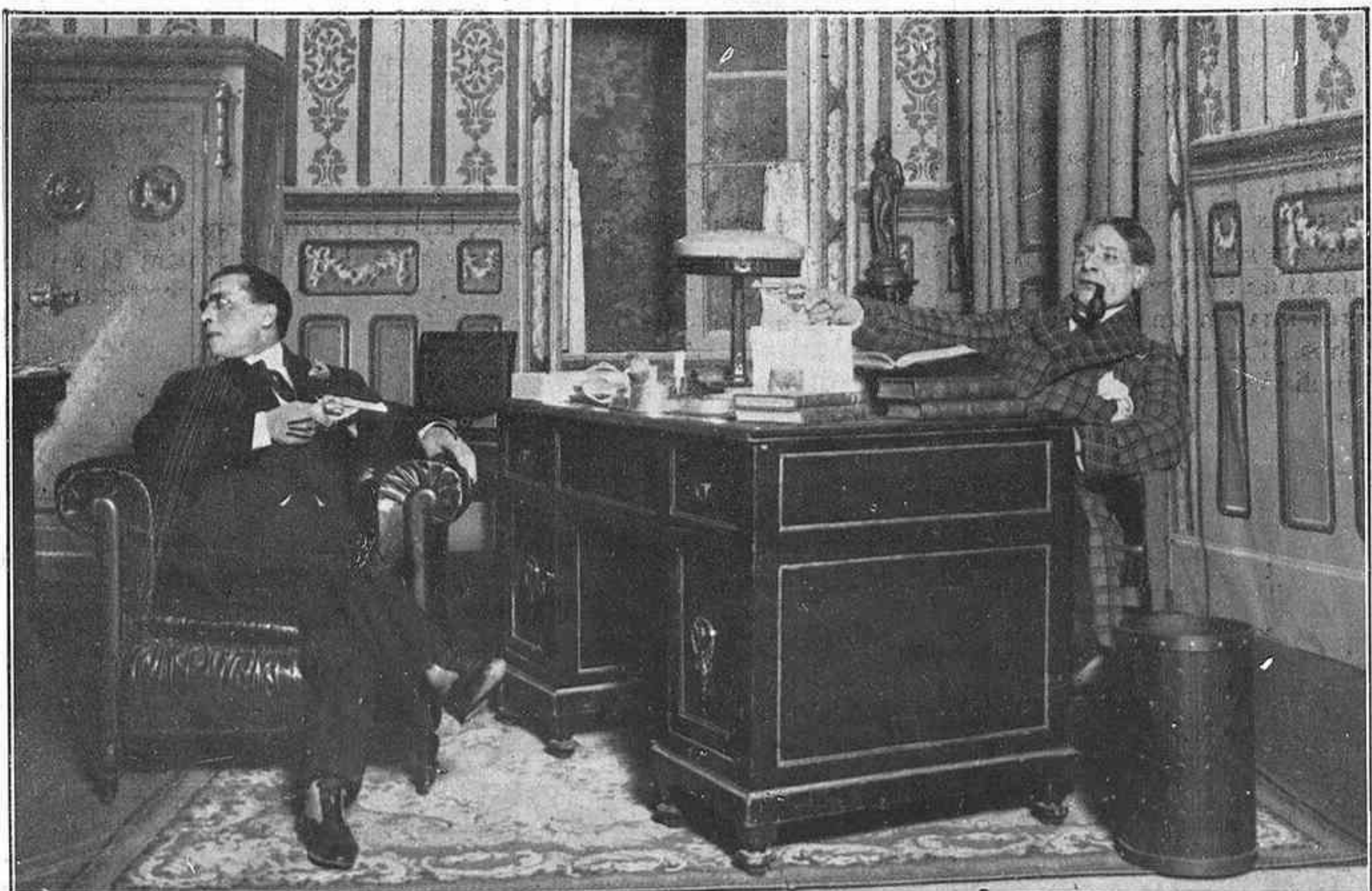
El busto del general Aznar ha merecido grandes alabanzas de cuantos han tenido ocasión de verlo.

MADRID. — NOTAS DE ACTUALIDAD

Entre las novedades teatrales que mayor éxito han obtenido recientemente en la corte merecen especial mención las obras estrenadas en Eslava y en Price: *León Zamora y Salamanca*, comedia en tres actos y un prólogo de los Sres. Jaquetot y Navarro, y *Sherlock Holmes contra John Raffles*, drama policíaco.

León, Zamora y Salamanca es una farsa militar con todos los caracteres del vodevil francés llevados hasta la exageración. Con esto solo queda dicho que abundan en ella las situaciones cómicas más inesperadas, los *quid pro quos* más inverosímiles, los chistes de toda clase; espontáneos en su mayoría, forzados algunos, pero todos de buena ley. Los autores han sabido utilizar hábilmente todos los recursos que el género ofrece y han conseguido enteramente lo que se proponían: que el público pase un rato entretenido y sobre todo que se ría mucho. Al éxito de la obra contribuyó muchísimo la admirable interpretación que a su papel dió el Sr. Alarcón, a quien secundaron muy acertadamente las señoras Jiménez y Romea, y los Sres. García Ortega, Llana, La Riva, París, Mora, Palou y Tojedo.

En el Teatro Price sigue imperando en absoluto el drama policíaco, folletinesco. A *La mano gris* y a *La diadema de la princesa*, en los que nos hemos ocupado en números anteriores, ha sucedido *Sherlock Holmes contra John Raffles*, y la conjunción de estos dos nombres, el del famoso detective y del ladrón no menos famoso, permite por sí sola formarse idea del interés que ha de tener la obra dentro de su género. En efecto, el argumento mantiene en atención constante y creciente al público, ante el cual se desenvuelven los sucesos más inverosímiles determinados por las hazañas del bandido de guante blanco, y las estratagemas y recursos ingeniosos de que se vale el popular polizonte para apoderarse de él. Tuvo



Madrid. — Una escena de *Sherlock Holmes contra John Raffles*, drama policíaco estrenado con gran éxito en el Teatro Price. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



El ilustre médico Dr. Moliner, fallecido en Madrid el día 21 de enero último. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

EL DR. MOLINER

El Dr. Moliner, una de las figuras más ilustres de la Medicina española contemporánea, había nacido en Valencia y contaba en la actualidad sesenta años.

Como médico y como catedrático gozaba de grande y merecida reputación; pero su gran popularidad la debió principalmente a sus entusiastas campañas contra la tuberculosis, en favor de la enseñanza y en pro de toda causa justa. En la prensa, en el parlamento, en el mitin, fué siempre el paladín de los pobres tuberculosos y a él se debe la creación del sanatorio de Porta Coeli, en Valencia, en donde se atiende y cura con gran cariño a los obreros y a los pobres.

Fuó rector de la Universidad de Valencia y su destitución determinó una de las más importantes manifestaciones estudiantiles de simpatía hacia el Dr. Moliner.

En la actualidad era diputado a Cortes por Valencia, y era tanto lo que le interesaban las cuestiones sanitarias, que pocos días antes de morir, estando ya en la cama y con fiebre altísima, escribió al presidente del Congreso rogándole que se pudiese pronto a discusión el proyecto de ley sobre epidemias, pendiente de aprobación en aquella cámara.

S. M. el Rey, que profesaba gran afecto al doctor Moliner, apenas tuvo noticia de su muerte, envió a uno de sus ayudantes a dar el pésame a su familia.

Al día siguiente efectuóse la conducción de los restos mortales del Dr. Moliner desde la casa mortuoria hasta la estación del Mediodía para ser transportados a Valencia. El severo ataúd fué colocado en una carroza arrastrada por ocho caballos, de la que pendían tres hermosas coronas, una de la viuda del finado, otra del general Echagüe y otra de la Unión Médica Española; a ambos lados del coche mortuario iban porteros del Congreso con hachas encendidas. Componían la presidencia del duelo los presidentes del Consejo de Ministros y del Congreso de los Diputados, el minis-



Valencia. - Entierro del Dr. Moliner. Paso de la fúnebre comitiva por delante de la clínica del doctor. (De fotografía de V. Barberá Masip.)

tro de la Gobernación, el hijo del Dr. Moliner, el alcalde de Valencia, y los doctores Cortezo, Pulido y Albiñana, y en la comitiva figuraban muchas personalidades de la política, de la medicina y del periodismo, y una representación del Ayuntamiento valenciano.

El entierro del Dr. Moliner en Valencia fué una imponente manifestación de duelo a la que se asoció toda la ciudad. El duelo fué presidido por el capitán general, el arzobispo, el gobernador civil, el alcalde y demás autoridades; en una segunda presidencia iban el decano de la Facultad de Medicina, el presidente de la Academia de Medicina, y representantes de la Casa del Pueblo y del elemento escolar. Las cintas que pendían del féretro eran llevadas por concejales, diputados a Cortes, diputados provinciales, estudiantes y obreros. Un gentío inmenso llenaba las calles por donde pasó la fúnebre comitiva.

En el cementerio pronunciaron sentidos discursos el hijo del Dr. Moliner y el Dr. Albiñana.



Barcelona. - El obispo de la diócesis Dr. Reig visitando el Restaurán Obrero. (Fot. de nuestro reportero A. Merletti.)

BARCELONA

EL OBISPO EN EL RESTAURÁN OBRERO

Desde que se halla al frente de esta diócesis, no ha cesado el Dr. Reig de visitar templos, asilos y otros establecimientos benéficos para estudiar las necesidades de sus diocesanos y los elementos con que se cuenta para atenderlas. Una de sus más recientes visitas ha sido al Restaurán Obrero, en donde ha podido apreciar la bondad de la obra caritativa que en él se realiza; el orden, la organización y administración admirables que en él presiden, y el celo de las religiosas que de él cuidan.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ

ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

DENTIFRICOS HIGEIA

ELIXIR POLVOS CREMA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el
El más activo y económico, el unico Inalterable. - Exigir el Verdadero, 14.R. Beaux-Arts. Paris.

LOS TERREMOTOS DE ITALIA. (Fotografías de Argus y Chusseau-Flaviens.)



Lo que queda de una calle de Avezzano, ciudad que ha sido casi totalmente destruída por el terremoto

La península italiana se ha visto asolada una vez más por terribles terremotos que han causado gran número de víctimas y daños materiales inmensos.

En Roma, sintióse la sacudida en toda la ciudad el día 13, y aunque por fortuna no hubo desgracias personales, los destrozos en algunos edificios y monumentos fueron de gran consideración: la antigua Puerta del Pueblo quedó agrietada; una de las torres del Ministerio de Hacienda se hundió; una de las estatuas que decoran la fachada de San Juan de Letrán se derrumbó; la cúpula de San Juan de Catinari sufrió algunas averías; en la basílica de San Pedro rompiéronse 150 cristales de la cúpula; y los campanarios de muchas iglesias amenazan ruina.

Pero donde el terremoto ha causado mayores daños ha sido en la comarca de los Abruzos, algunas de cuyas ciudades han quedado destruídas totalmente. Avezzano, entre ellas, hállase actualmente convertida en un montón de ruinas; de los 10.000 habitantes que contaba han muerto 9.000, y la mayoría de los sobrevivientes están heridos. Había en Avezzano algunos edificios notabilísimos, como el palacio Colonna, de admirable arquitectura: diez iglesias, muchas de ellas con preciosos cuadros de grandes maestros, y numerosos establecimientos industriales de importancia; hoy todo aparece derrumbado. También en Sora la mayoría de los edificios han quedado destruídos y ha habido numerosas víctimas.

El terremoto ha dejado sentir asimismo sus terribles efectos en otras regiones italianas: Celano, Pescina, Trevé, Anitrella, Giuliano Torre, Gaetani, Filetino, Monte Rotondo, Veroli, Monte Lanico, Jenne, Marano Agosto, Cinetto Romano, Palestrina, Zorollo, Fiuggi, Ferentino, Subiaco, Frosinone, Morlupa, Velletri, Aquila y otras muchas localidades han sufrido grandes destrozos.

Para dar una idea de la inmensidad de la catástrofe, bastará decir que se calcula el número de muertos en 30.000 y el de los heridos en 45.000. En cuanto a los daños materiales son, como se comprenderá, incalculables.

El rey Víctor Manuel recorrió en automóvil las regiones castigadas por el terremoto, distribuyendo socorros entre los damnificados y siendo acogido en todas partes con manifestaciones de cariño y agradecimiento.

Gran número de heridos han sido transportados a Roma e instalados en los distintos hospitales de aquella capital, en donde han sido visitados por el rey y la Real familia.

También el Papa Benedicto XV visitó a los que fueron acogidos en el hospital de Santa Marta del Vaticano, habiéndole acompañado en aquella primera visita los cardenales Gasparri y Merry del Val. Su Santidad dirigióse al hospital atravesando la basílica de San Pedro por un pasadizo interior que va a la sacristía y desde ésta llegó al benéfico establecimiento por otro pasillo, es decir, sin salir de los dominios del Vaticano.

El Sumo Pontífice estuvo largo rato con los heridos, dándoles su bendición y prodigándoles sus consuelos. Además ha abierto una suscripción, a la que el Colegio de Cardenales ha contribuído con 10.000 liras.

La Reina Elena ha ordenado la instalación provisional en algunos salones de su palacio para los niños que hayan quedado huérfanos a consecuencia de la catástrofe; y el Rey Víctor Manuel ha entregado 300 mil liras para socorrer a los damnificados.



Habitantes de Avezzano acampando entre las ruinas

Desde los primeros instantes organizáronse los trabajos de salvamento, que se han proseguido con gran actividad, y en los que han colaborado con gran valor y abnegación las fuerzas del ejército.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, POR D. MODESTO LAFUENTE, CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS
POR D. JUAN VALERA, CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORREGO Y D. ANTONIO PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. — Su precio **310** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuída en 25 tomos lujosamente encuadernados, á **5** pesetas uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA